
VICTORIA RESCO
UNA GRIETA ENTRE NOSOTROS
Planeta

Una grieta entre nosotros

Victoria Resco

Una grieta entre nosotros

Índice de contenido

PARTE I: PRIMEROS LATIDOS

- CORAZÓN 1: BETTY
- CORAZÓN 2: AUGUSTINE
- CORAZÓN 3: WESLEY
- CORAZÓN 4: JAMES
- CORAZÓN 5: INEZ
- CORAZÓN 4: JAMES
- CORAZÓN 6: PETER

PARTE II: LO QUE QUEDÓ DE ELLOS

- CORAZÓN 4: JAMES
- CORAZÓN 2: AUGUSTINE
- CORAZÓN 1: BETTY
- EPÍLOGO: CORAZONES

AGRADECIMIENTOS

Puntos de referencia

Portada

Portadilla

Legales

Tabla de contenidos

Resco, Victoria
Una grieta entre nosotros / Victoria Resco. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2025.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-9189-2

1. Novelas. 2. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A860

© 2025, Victoria Resco

Todos los derechos reservados

© 2025, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Ing. Enrique Butty 275, Piso 8, C1001AFA, C.A.B.A.
info@ar.planetadelibros.com
www.planetadelibros.com.ar

1.ª edición digital: mayo de 2025
Versión: 1.0
Digitalización: Proyecto 451

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.
Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-9189-2

Para todas las cicatrices que cuentan
una historia de la que aprendimos,
por más que no haya un final feliz.

PARTE I
PRIMEROS LATIDOS

CORAZÓN 1:
BETTY

"And when I felt like I was an old cardigan
Under someone's bed
You put me on and said I was your favorite".
Cardigan, Taylor Swift

Tropezó. Y nada fue en cámara lenta como en las películas. Un segundo corría y al siguiente estaba en el piso, le ardían las manos, las rodillas y los ojos. Le ardían *tanto* los ojos que no podía abrirlos. No *quería* abrirlos. Se negaba completa y absolutamente a volver a ver el mundo real. Se refugió en esa oscuridad. Pudiera haberse quedado toda la vida ocultándose tras sus párpados, pero sabía que era inevitable y que, cuando abriera los ojos, se enfrentaría a lo que siempre había temido: por primera vez en su vida, se encontraría verdadera e indiscutiblemente sola.

Había dejado todo de lado por él. Había dejado a todos de lado por él. ¿Para qué necesitaba al resto del mundo cuando tenía a James Detroit? La amaba; la amaba de esa manera en la que se ama en las películas. La amaba con todas las letras y en todos los idiomas. Hasta que no la amó más. Y su amor pasó a ser otra lengua muerta, repleta de sonidos bonitos que carecían de sentido.

James Detroit se fue sin decir una sola palabra.

Desapareció.

Y lo hizo tan pero tan de a poco que Betty no lo notó hasta que fue demasiado tarde. Hasta que salió a correr esa tarde sola y se dio cuenta que era la primera vez en años que corría sin él. Cada

kilómetro que hacía lo anunciaba en voz alta; cada vez que veía un departamento con balconcitos llenos de flores, lo apuntaba y miraba al vacío a su izquierda, esperando encontrar sus ojos grises. Pero James no estaba allí para animarla —*queda poco, podemos ir más rápido*—, ni para sonreírle y decirle que podrían vivir en un lugar así algún día. James no estaba allí.

Betty tropezó. Con una rama en el camino. Con la verdad.

Y se negó a abrir los ojos, pero lo vio con más claridad que nunca.

James. No. Estaba. Allí.

~

El cuerpo humano es un recipiente pequeño, pero sabio. Existe un fino equilibrio entre todas esas reacciones químicas que le permiten subsistir y una compensación sutil para cada cambio en esas reacciones: el cansancio después de un golpe de dopamina, la necesidad de un chocolate después de una decepción. El cuerpo sabe qué pedirte y a dónde mandarte para volver a tu eje.

Pero, para Betty, no había nada a lo que volver porque todo lo que su cuerpo le decía —cada mañana, cada noche, cada segundo del día— era que tenía que volver a James, incluso ahora que este dolor insoportable venía de escuchar que no podría hacerlo. Que él no quería que lo hiciera. Él no la necesitaba.

—En una fiesta. No sé de quién era la casa pero los vi en una esquina. Un asco. Y te digo que no te mereces algo así. Nadie se merece algo así. Me rompe el corazón —Betty podía escuchar la sonrisa en el tono de su amiga—. Te juro que yo siempre supe que era de esos chicos. Pero ¿cómo te lo iba a decir? ¡Si estabas tan contenta con él!

En efecto, Inez se lo había sugerido varias veces. Tal vez no con esas palabras, pero siempre encontraba la forma de deslizar un comentario sobre lo difícil que era entender la relación de Betty y James. Sobre cómo lo miraban otras y sobre cómo un chico como él

debía de ser difícil de conformar. ¿Y qué podía responder a esos comentarios? Si todo lo decía con esa sonrisa llena de metal y ese aire ligero, casi como si fuera chiste. Betty elegía el silencio y buscaba algo que le permitiera desconectarse de las palabras de Inez. Esta vez, mientras caminaban, Betty contaba adoquines con la vista baja. *Ciento dos, charco, ciento tres, ciento cuatro, ciento cinco, charco.*

Llovía a cántaros. Las gotas contra su paraguas y la voz de Inez tenían la misma fuerza de destrucción.

—... así. Ni siquiera sé cómo se contuvo tanto tiempo. O por ahí no se contenía. ¡Sería horrible! Él es horrible. ¿Y si todos estos años estuvo con otras chicas? Betty. Por Dios, amiga. Me destruye.

Por Dios.

Las palabras hicieron eco en la cabeza de Betty. Inez no creía en Dios.

¿Cuánto pesa el nombre de Dios en boca de un ateo?

Recordó todas las veces que James había dicho su nombre. ¿Había significado algo en sus labios o no era más que un decir? ¿Había creído en ella o era pura costumbre? Jamás se lo había cuestionado, jamás había cuestionado a James. Porque él era… era *James*. Era dulce y atento, y la hacía sentir como si todas las chicas que lo miraban en el mundo no existieran porque él solo sonreía para ella. Él la amaba.

Inez tenía que estar mintiendo. Él la amaba y jamás le haría algo así. Él le había dicho que la amaba y le había dicho que no le mentiría, entonces, ¿por qué le haría algo así? ¿Por qué estaría en una fiesta besando a otra chica cuando hacía dos semanas que ellos no se veían ni se hablaban? ¿Por qué habría estado en una fiesta si las odiaba y le daba vergüenza bailar? Tenía que ser mentira. Él la *amaba*.

¿Te hubiera dejado plantada la noche del baile si te amara?

Podría jurar que la pregunta la hizo ella en su cabeza pero tenía la voz de Inez. Inez, que seguía y seguía —y seguiría— hablando. Betty empezaba a creer que sería capaz de volver loco a un sordo. La hacía perder la cuenta de los adoquines. Ciento cuarenta y seis adoquines. Eso era lo que estaba durando esa conversación y Betty

quería tomar a Inez por los hombros y gritarle que se calle. Quería decirle que su voz la lastimaba, que le dolía. Luego revolearía su paraguas contra la pared del edificio más cercano y gritaría a todo pulmón. La lluvia la empaparía y se tragaría su grito, pero ella sería libre. Libre de Inez, libre del lastre que llevaba dentro de su pecho y que la hundía en el piso con cada paso que daba.

A pesar de esas increíbles ganas de terminar con todo, lo que Betty quería daba igual. Nunca le diría a Inez que se callara. Nunca le diría que no quería volver a verla. Nunca le diría que sólo la había invitado para verse porque había salido a correr esta mañana y se había sentido más sola que nunca. Nunca le diría que hacía dos semanas que no sabía nada de James y que se sentía una idiota porque le daba vergüenza llamar a su propio novio, con quien había estado los últimos dos años, para preguntar qué pasaba. No diría nada jamás, porque ¿y si Inez no mentía? ¿Si James había estado con otra chica en una fiesta y Betty se estaba enterando recién ahora, días más tarde? ¿Qué decía eso de ella? La vergüenza se le clavaba como puñales detrás de los ojos.

Sólo tenía que aguantar. Sólo tenía que seguir contando adoquines dos cuadras más, hasta llegar a su casa. Si sobrevivía el resto del trayecto, podría sacarse el estúpido cárdigan que a James tanto le gustaba. Podría meterlo en una bolsa de basura junto a las fotos de su mesa de luz, las que tenía bordeando su espejo y las decenas de regalos de aniversarios que guardaba bajo la cama. Pero debía llegar a casa y para eso debía no llorar delante de Inez.

Pero era una tarea desgarradora cuando la chica a su lado destellaba felicidad por cada uno de sus poros. Ese era el principal motivo por el que Inez no era amiga de nadie y nadie era amigo de Inez, pero también el motivo por el cual nunca la encontrarías sola. Le gustaban los chismes —tanto obtenerlos como divulgarlos— pero Betty siempre había sospechado que, más que nada, le gustaba la idea de tener razón.

Por eso los chismes de Inez eran buscados: al final del día, dejaban de ser chisme y se probaban verdad.

James solía decir que no era así, que a Inez le gustaba inventarse cosas que *parecían* verdad para parecer interesante, para

que la gente tuviera un motivo por el cual acercarse a ella, dado que su personalidad no entraba en esos motivos. Betty empezaba a creer que tal vez James lo había estado diciendo para cubrirse las espaldas en caso de que algo así sucediera.

Pero no podía ser así. Le había jurado que no le haría daño, que no era ese tipo de chico. Se lo había prometido. Él nunca hubiese planeado algo tan mórbido y calculador. Nunca. Inez tenía que estar mintiendo.

Eso se dijo una y otra vez. Eran mentiras.

Mentiras, mentiras, mentiras.

Muchas mentiras bien mentidas y con sabor a verdad. Mentiras que se apoyaban en hechos que coincidían con la realidad, mentiras que casualmente coincidían con cosas que solamente Betty y James sabían, y que Inez seguramente había adivinado por pura casualidad.

Se alegró de perder la cuenta de los adoquines justo al llegar a su puerta. Contuvo un suspiro, temerosa de que su falsa fortaleza la traicionara convirtiéndose en un lloriqueo, y sólo entonces enfrentó a Inez.

Bajita, con unos frenos metálicos que ocultaban casi completamente sus dientes y bonita en esa manera extraña que hacía que los chicos se pararan a cuestionarse si valía la pena o no intentar ir a por ella. James siempre había dicho que era *ese* tipo de chica que valía la pena hasta que abría la boca. Pero James era ácido, burlón y un poco demasiado suelto de lengua. Y a Betty le encantaba. Porque decía lo que pensaba, porque era osado y hacía que las cosas parecieran sencillas, un sueño al alcance de tus manos.

Excepto porque hacía semanas que James no decía mucho y complicaba todo. Tenía excusas de sobra y ausencias prolongadas, menos chistes y más silencio.

Y era imposible no creerle a Inez cuando Betty lo había visto ir desapareciendo gradualmente desde el baile.

Últimamente tenía miedo. Cada vez que lo veía pensaba que podría no volverlo a ver. No entendía qué le pasaba, qué había cambiado. Ella lo había perdonado por dejarla plantada en el baile,

¿no? Borrón y cuenta nueva. Betty no había necesitado que él le diera ninguna explicación y él no se la había dado. Ahora quería todas las explicaciones del mundo. Quería hacer todas esas preguntas que se le habían atorado en la garganta, quería ser cualquier persona menos ella misma. Tal vez si no hubiera sido ella misma no hubiera tenido tanto miedo a perderlo y no lo habría perdido.

Ahora, Betty se preguntaba si *podría* volver a verlo. Se preguntaba si *quería* una última oportunidad de verle la cara, de escupírsela y gritarle hasta desgarrarse las cuerdas vocales, hasta que el mundo se agrietara bajo sus pies y la dejara caer.

Desde luego, de verlo, Betty ni siquiera estaba segura de que fuera a sobrevivir. Todo por culpa de Inez.

Betty habría perdonado la ausencia de James, habría perdonado su silencio, los mensajes que no le respondía hacía días y las llamadas que no atendió. Pero, ¿cómo podía perdonar que hubiera habido alguien más? Las manos le temblaban de solo pensarlo, su labio inferior se abría para inhalar porque el golpe de esa verdad le quitaba el aire y… ¿por qué sería culpa de Inez? Solo era mensajera. Culpables había uno. ¿O tal vez dos? Pero viéndola sonreír con esa amplitud, con los ojos delineados a la perfección y su indiferencia ante cualquier pena o dolor, Betty supo que no quería pasar un solo segundo más en compañía de alguien así.

No quería compañía de nadie.

O sí.

Pero James probablemente ya estuviera acompañado, aunque fuera *su* novio. O lo hubiese sido. James estaría acompañado mientras Betty pensaba en que era el único al que quería ver.

La cuestión fue que con lo poco que quedaba de ella dio media vuelta y sin siquiera despedirse, subió al trote los escaloncitos del porche. Quería poner toda la distancia del mundo entre esa chica —la persona que le había arrancado la venda de los ojos con tal brutalidad, tanta hambre de sangre, que casi la decapitó en el proceso— y ella.

Todavía no había introducido la llave en la cerradura y ya lloraba. Lloraba como si el agua pudiese lavar todos los males al escurrirse

por sus mejillas. Lloraba como si creyera a Inez.

Lloraba como si se hubiese agotado de que le mintieran y de mentirse. Porque, posiblemente, era así.

~

Un día.

Dos días.

Tres días.

Cuatro.

Seis.

Ocho.

Ocho días fue el tiempo que esperó.

Ocho días en los que miró el techo de su habitación, con el aire acondicionado encendido y traqueteando a más no poder para combatir el calor del verano. Ocho días en los que reprodujo hasta el cansancio la cinta de Inez diciendo las únicas palabras capaces de destruirla. Ocho días en los que James no le escribió, ella no comió, sus hermanas tocaron la puerta y las echó porque se había asentado en su garganta una muerte que se tragaba todo aquello que no fueran quejidos sofocados y lágrimas.

Ocho días en los que esperó y esperó ese mensaje. Había caído en una espiral de expectativas, de enredarse con todas las posibilidades e imposibilidades. Betty cayó por la madriguera del conejo y abrió la puerta a todas las posibilidades del País de las Maravillas, se perdió buscando respuestas, se refugió en todas las posibilidades que podrían explicarlo, excusarlo, hacerlo perdonable. No se encontró ninguna. Pero se quedó en su habitación, buscando y buscando porque el silencio de James dolía más que cualquier pesadilla que pudiera conjurar.

—¿Qué esperabas que pasara? Si nunca hacíamos nada nuevo. Estábamos estancados en salir a correr, leer y estudiar. ¿Esperabas que eso me alcanzara? —decía el James del País de las Maravillas. Le costaba verlo decir las palabras en su imaginación. Después de todo, Betty nunca lo había *visto* de frente, mirándola a ella, usando

ese tono tan cruel. Pero lo había oído dirigido a otros, así que su voz era clara y fuerte, un ventarrón capaz de arrancar árboles de raíz.

—¡A mí me alcanzaba! Siempre me dijiste que…

—Que no. Tú insistías e insistías con la universidad, con que aplicara a todas esas becas estúpidas para que pudiéramos estudiar juntos y yo te dije siempre que no, que ahí era donde dibujaba el límite. ¿Aquí en Brooklyn? —Su forma de levantar los brazos sin dejar de mirarla era tan real que lo sentía como una patada en el pecho. James siempre la había mirado a los ojos como a un igual, incluso en los momentos en los que Betty se sentía muchísimo más pequeña—. Aquí no hay nada para mí, puedo matar el tiempo contigo. Pero cuando nos vayamos no voy a seguirte. Quiero más. No voy a acompañarte toda la vida mientras *tejes*.

—Estás mintiendo. —La Betty del País de las Maravillas era mucho más osada, blandía una espada y llevaba una armadura y no le importaba llenarse de sangre para obtener respuestas. Y Betty, tanto la del País de las Maravillas como la real, recordaban *la* conversación—. Dijiste que no querías ir a la universidad porque tienes esta idea metida en la cabeza de que no eres lo suficientemente…

Siempre había estado del lado correcto de su acidez, de su lengua rápida y su ingenio, usados para protegerla, para hacerla reír. Ahora la recibía de frente y la atravesaba. Flechazo a la base de la garganta, muerte instantánea.

—¿De esa única conversación vas a agarrarte? Muy conveniente olvidarte de todas las otras veces en las que ni te respondía.

En efecto, antes de *la* conversación, cuando Betty sacaba el tema de la universidad, James no decía nada. Se limitaba a sonreír, a negar con la cabeza y ella siempre lo había tomado como un buen augurio. Porque *lo conocía* —¿o no?— y sabía que esa sonrisa le pertenecía; un ejemplar único con los dientes un poco torcidos y una curvatura como un manchón de tinta blanca que escribía *amor*. Betty coleccionaba sus sonrisas, y de la misma forma en la que los coleccionistas abren sus cristaleras y observan sus tesoros cada tanto para asegurarse de que siguen allí, ella siempre quería hacerlo sonreír.

Pero tal vez no había sido un buen augurio. Tal vez era otra mentira. Tal vez James siempre mentía y por eso Betty había sido tan ilusa de terminar por confundir la constancia de su engaño con la verdad.

—Prometiste que volveríamos a hablarlo, más adelante, cuando…

James del País de las Maravillas se encogía de hombros.

—Cuando los plazos de aplicación cerraran y no pudieras hacer nada al respecto. ¿Ves? Ya me estoy aburriendo de nuevo. Siempre lo mismo contigo.

Betty del país de las Maravillas terminaba siempre con su armadura hecha trizas y James del País de las Maravillas siempre se daba media vuelta y se llevaba su espada.

Siempre se sorprendía cuando lo veía irse. Recordaba que no mucho tiempo atrás, James la había incentivado a ser de armas a tomar, a no bajar la guardia y no dejar la lucha.

Así y todo, dolía mucho menos refugiarse en las versiones más oscuras del País de las Maravillas que recordar que en el mundo real los días pasaban y James nunca aparecía. Cada mañana se levantaba, miraba su celular y no había noticias de él. Era como si se hubiera esfumado de la faz de la tierra.

La última vez que lo vio fue en una foto que le envió Inez al tercer día.

No quería que te enteraras por alguien más, decía el mail. Y lo primero que pensó Betty fue que ya se había enterado, que la misma Inez se lo había dicho y no entendía por qué le parecía que además de oírlo debía verlo.

En la foto no se lo veía bien a él, era un borrón de luces de colores y movimiento. Ella misma había tenido una foto de ellos en la que él salía justo así: casi como consumido por el beso. En esta foto sostenía a una chica y un montón de pelo rubio le tapaba el rostro pero lo reconocería en cualquier lugar.

Así fue como Betty aprendió que el silencio duele más que mil palabras.

~

Si su padre hubiese sido menos tímido, si no le hubiese aterrado tanto hablar de "temas de chicas" o al menos hubiese tenido voluntad como para anteponer su hija a aquellos temores, Betty hubiese hablado con él.

—¿Todo bien?

—Sí.

—¿No bajas?

— Cené hace un rato.

—Pero ven y charla un rato con nosotros. Si quieres. Si no quieres está bien.

—Prefiero quedarme aquí.

En los últimos ocho días esa había sido su única conversación. La puerta de la habitación de Betty había permanecido cerrada, pero supo que así como ella había podido escucharlo alejarse por el pasillo, él la había escuchado llorar.

Era un hombre aterrado de ocupar espacio. Encorvado y casi siempre mirando al piso, Toru era hijo de inmigrantes japoneses. No pertenecía a ningún lugar, ni siquiera a su propia casa, donde dividirse entre ser padre y madre a la vez le quedaba tan grande que siempre terminaba por no ser ninguna de las dos. No ofrecía el confort, el cariño, la confianza. Era una especie de proveedor, amable y cuidadoso, que no interfería con su vida más que para cumplir. Betty siempre había pensado que su obsesión con el deber venía del oriente y que era el motivo por el cual no la había dado en adopción tras su nacimiento. Toru no quería ser padre y Betty suponía que su madre no había querido ser madre. Las mujeres que querían ser madres no solían huir en medio de la noche. Los hombres que querían ser padres se preocupaban cuando oían a sus hijos llorar.

No lo habían hablado nunca, por supuesto, pero Betty tenía la sospecha de que esa necesidad de cumplir con su deber era el único motivo por el que su padre se había vuelto a casar. El recuerdo se había difuminado con el tiempo pero Betty aún recordaba estar en la cocina cuando tocaron el timbre y su padre hizo entrar a una mujer.

—Esta es Lena, vamos a casarnos —anunció.

Betty tenía cinco años y la noticia la tomó tan por sorpresa que dejó caer el crayón que tenía en la mano.

—¿Es mi mamá?

—No. Es mi secretaria.

—Ah, está bien.

No entendió muy bien qué acababa de pasar, papá siempre le decía que no hiciera preguntas molestas. Y no sabía si esa pregunta lo iba a molestar, así que volvió a sus crayones y siguió coloreando.

Cada tanto, de todas formas, le ganaba la curiosidad.

—¿Cómo se llamaba mi mamá?

—No hagas preguntas molestas, Elisabeth.

—¿Los bebés en la panza de Lena van a ser mis hermanas?

—Sí. —Ni siquiera levantó la vista de su libro de cuentas. Toru rara vez levantaría la vista a lo largo de su vida. Betty nunca terminaría de recordar del todo los ojos de su padre.

—¿Y cuándo las voy a conocer?

—Ya basta de preguntas molestas, Elisabeth.

—Me duele aquí. —Betty tenía siete años y se levantó la remera para mostrarle a su padre, entre lágrimas, el punto exacto en el pecho que le dolía.

—No tienes nada. Es lo mismo de la otra vez. El médico te dijo que no tienes nada.

—Es que no se ve, pero me duele mucho.

—Deja de hacer preguntas molestas, Elisabeth.

Betty no había hecho ninguna pregunta, pero subió corriendo a su habitación sin poder explicarse qué le estaba pasando. Supuso que también debería dejar de dar explicaciones molestas.

A los siete años es difícil describir la soledad. Crecería con ese agujero en su pecho. Su padre lo ignoraría, sus hermanas serían un bálsamo anestesiante, sus amigos la ayudarían a darle la espalda, pero James sería el único capaz de meterse en ese vacío y llenarlo.

Betty nunca hubiera imaginado que tan silenciosamente como había entrado se volvería a ir.

En el hospital, su padre le presentó a sus hermanas: Wendy y Daisy. Estaban igual de arrugadas y feas en sus cunitas de plástico transparente. Le parecieron dos criaturas maravillosas. Sus hermanas. *Suyas*. ¡Todos los juegos que jugarían juntas! ¡Se disfrazarían y hablarían y serían tan, tan amigas! Por ese entonces, no entendía del todo cómo funcionaba un bebé ni que la gran mayoría del tiempo que pasaría con ellas sería tratando de que pararan de llorar. En ese momento estaba en shock del exceso de felicidad, así que la pregunta se le escapó:

—¿Y Lena?

—No está.

—¿También se fue?

Acercó su mano en su dirección, como si fuera a hacerle una caricia, como si fuera a darle una palmadita en la cabeza. Betty aún recuerda la sensación del agujero en su pecho cerrándose ante su cercanía, recuerda cómo se triplicó su tamaño cuando a medio camino Toru se arrepintió. Betty se sorprendió al darse cuenta: *Extraño que me abracen, ¿cada cuánto tiempo necesitas un abrazo para que deje de doler?*

No dijo nada, porque pensó que podía ser una pregunta molesta.

Su padre se quedó en silencio mirando a esas dos criaturas arrugadas. Betty no sabía qué pensaba, pero nunca lo culpó por no responder aquella vez. Es difícil explicar la muerte a una niña de nueve años.

~

Con el tiempo, Betty entendió que todas sus preguntas eran preguntas molestas.

~

Esos ocho días Betty no pensó solo en James. Pensó también en su madre sin nombre, en Lena y en su padre.

A su manera, con diferentes silencios, incluso si no habían estado mucho tiempo, incluso si no habían estado en absoluto, incluso si habían sido su mundo entero, los cuatro la habían abandonado.

—¿Qué dice eso de mí? —se escuchó preguntar a la nada.

Nadie respondió.

Debía ser una pregunta molesta.

~

Hubiera hablado con cualquiera que supiera qué decir. Los adultos supuestamente tenían respuestas. Ellos, que lo habían vivido todo, deberían haber estado a su lado. Su madre tal vez hubiese sido buena consolándola, pero no tenía forma de saber. Tal vez, hubiese sido tan desapegada como su padre, pero le gustaba soñar que no, que se hubiese sentado a su lado y la hubiese abrazado mientras Betty escupía lágrimas. Era bonito pensar que hubiesen tenido el tipo de relación bonita que muestran las películas, de las que se leen en libros y tienen los afortunados. Era bonito pensar que la había dejado esa noche en el hospital por razones de fuerza mayor; que tal vez tenía un amado que la esperaba en la otra punta del mundo y no podía llevarla siendo un bebé; que era una espía con la misión de salvar el mundo y no podía establecer lazos con una criatura tan frágil como un bebé; que la quería demasiado y por eso no podía tolerar verla; que algún día volvería, sí, seguro volvería porque las madres aman a sus hijos y siempre vuelven por ellos. Fueron algunas de las mentiras que se dijo a sí misma en algún momento de la vida.

De todas formas, Betty amaba a su familia. Sabía que a su manera, su padre intentaba, que por más que Daisy y Wendy tuvieran la irritante tendencia de revolver sus cajones y robarle toda la ropa, se preocupaban por ella. Y eso siempre había sido consuelo suficiente. Podía contener el vacío que llevaba adentro con ellos custodiando sus límites.

Pero los últimos ocho días fueron diferentes. Por más que trajeran peluches y galletas quemadas a su habitación, sus hermanitas eran apenas un consuelo distante. Habían sido el sol y la luna de Betty desde siempre, pero James había sido su eje, y sin él, el mundo giraba en un lento descontrol. Los astros y todo lo demás se habían convertido en borrones distantes.

Betty hubiese hablado con sus amigas, si tan solo hubiese sido lo suficientemente fuerte como para escuchar sus "te lo dije" y sus "es hora de seguir adelante". Ya lo sabía. Ambas cosas eran ciertas. No quitaba que hubiera escuchado demasiado tarde ni que seguir adelante pareciera un destino demasiado lejano, un camino demasiado largo para recorrer estando tan, *tan* cansada. Pero sus amigas no entenderían eso, no les importaría lo suficiente como para entender.

No les había importado lo suficiente para quedarse cuando ella lo eligió de todas formas, cuando les dijo que él la hacía feliz. En su momento lo había tachado como celos —*James la quería y era tan único y tan especial… no las quería a ellas, la quería solo a Betty*—. Hoy se preguntaba si quizás habrían visto en él algo que ella no pudo ver porque la cegaba el deseo de que alguien al fin quisiera quedarse.

Nunca habían aprobado a James.

Tenía ese aura rebelde que podía hacer sonrojar a cualquiera, pero que estando demasiado cerca te paralizaba hasta los huesos, te astillaba el corazón. Tenía ese aura que perforaba la gravedad y simplemente impulsaba a la gente hacia él, aunque nunca le hubiesen gustado las multitudes. Jeans Levi's, Converse rojas, pelo rubio ceniza y ojos grises siempre nublados con el único propósito de esconder su corazón.

Betty había desempañado esos ojos; los había visto ablandarse y brillar, los había visto con arruguitas bordeándolos cuando la risa —esa que salía entrecortada y rasposa, sin dejes de su usual sarcasmo— se le escapaba, los había visto enternecerse al jugar con Daisy y Wen, así como chisporrotear de emoción cuando pasó con resultados increíbles sus exámenes de fin de curso.

Pero entre todas las versiones de los ojos de James, la favorita de Betty siempre había sido la que había creído que era únicamente suya: esos ojos que, cuando la tenía entre sus brazos y la acercaba a él, se achicaban, guiados por la curvatura casi imperceptible de su sonrisa, y parecían preguntarse si lo que veían —ella, simplemente ella, posiblemente despeinada, en los mejores casos desnuda— era real.

Betty había creído que muchas cosas de James eran únicamente suyas. Había creído que *James* era único. Había creído que *juntos* eran únicos, duraderos y firmes como el acero. Y se preguntaba si había pasado algo por alto, si había hecho algo mal, si podía justificarse lo que él había hecho, si podían volver atrás.

No, se respondió al octavo día. La respuesta a todas sus preguntas era simplemente *no*.

~

Llamar a Wes era una mala idea. O eso creía. Betty no sabía qué tanto debía influirle lo que fuera que James creyera ahora. Y si bien antes James lo había detestado con su alma, no estaba segura de qué tanto le fuera a importar ahora. Ahora que habían pasado ocho días y seguía sin recibir noticias de él.

Tal vez el simple hecho de que James odiara a Wes estuviera potenciando sus ganas de llamarlo, de decirle que viniera, de contarle todo. O tal vez fuera el hecho de que antes de James, Wesley O'Connel había sido su mejor amigo. De que, antes de James, Betty había estado segura de que su destino era ese chico, con la mata salvaje de rulitos negros y sus ojos oscuros.

Sin embargo, después de James, descubrió que lo que fuera que Wes le hubiese provocado, no llegaría nunca a ser más que un chiste. Habían crecido juntos, se habían tirado del pelo, se habían detestado por meses cuando, a los diez, él le dijo que tenía cara de burro y nadie la besaría. El día que nacieron sus hermanas y murió Lena, Betty durmió en su casa. A los doce, imploraron a sus padres que les permitieran seguir haciendo pijamadas, porque los adultos creían que se estaban volviendo grandes para que dos niños del

sexo opuesto durmieran juntos. Y tal vez, Betty sí soñó por aquél entonces con besarlo, pero todo quedó en sueños.

Wes había estado a su lado en todos los momentos de su vida desde sus ínfimos dos años de edad. Y la llegada de James no fue la excepción. Wes y ella tenían quince años y ella estaba pensando en que tal vez ese sería el año. El año en el que Wes la vería como algo más. Le habían sacado los aparatos y por primera vez se sentía como una chica que un chico podría querer besar. Wes, por su parte, hablaba sobre el campeonato de baloncesto de ese año.

—No se repetirá el fracaso del año pasado.

—1996 quedó en 1996 —afirmó Betty. Dejó que Wes pensara que hablaba de deporte. Él le sonrió y ella se puso roja, como si pudiera leerle la mente.

—Y voy a ser capitán.

—No hay capitanes de nuestro año.

—Voy a ser el primero —dijo él poniendo los ojos en blanco, como si fuera obvio, como si fuera inevitable.

En efecto, en 1997, Wesley O'Connel se convirtió en el capitán más joven de la historia del equipo. Era el tipo de chico que siempre conseguía lo que quería.

Siguió hablando, pero Betty no pudo seguirle el hilo, porque la puerta de la clase se abrió y el chico más hermoso que había visto en su vida entró. Hoy recordaba esa versión de James, con algo de acné y los rasgos suaves por la edad, con mucha ternura. Había sido la versión de James que le enseñó a amar. Era el rostro que le había enseñado lo que era ser amada.

Los ojos de James encontraron los de ella y pensó que eran los ojos más vacíos que había visto, casi como si fueran de juguete. Al menos hasta que sonrió —medio de lado, sin vergüenza, como los hombres sonríen a las mujeres en sus películas de amor favoritas—, y Betty supo enseguida que fuera quien fuera ese chico, quería conocerlo.

Y para su sorpresa él parecía querer lo mismo, porque enfiló hacia ella y dejó caer la mochila en el pupitre a su lado.

—¿Está ocupado?

Wes, que estaba sentado en el banco de enfrente, se puso de pie para argumentar que sí lo estaba, que él se sentaría allí en cuanto la clase empezara.

Pero James ya había ocupado su lugar.

Betty recordaba haber sentido los ojos de Wes mirándola, como esperando que dijera algo, que hiciera a un lado a este chico hecho de hebras de trigo y preguntas sin responder.

—Soy James.

—Elisabeth. O Eli, como prefieras.

—Bien. Betty, entonces.

—Casi nadie me dice así. —Solo lo hacían sus personas más cercanas, Wes y su familia, un pequeño puñado de amigos.

Él le guiñó el ojo. Tan de película, tan natural, tan divertido y simple y cómico.

—Mejor.

Betty se rió. Para ese entonces, había dejado de sentir los ojos de Wes. No se dio cuenta cuando este se levantó y tomó asiento en el banco de atrás, sin saber que se estaba condenando a ver a su mejor amiga enamorarse día tras día de la persona que le devolvería las ganas de reír y se las quitaría con la misma facilidad. Betty no se dio cuenta de que ese día ni siquiera habló con Wes. Se lo pasó conociendo a James Detroit. Compartieron los recreos, los apuntes, las actividades en Sociología y el almuerzo bajo el álamo del patio. Al final del día James besó su mejilla y se sintió como algo nuevo, pero también como algo lógico. No sabía nada de él y aún así sentía que no necesitaba saber nada más. Lo entendía. Él la entendía. De esa forma sencilla en la que dos personas se entienden con los mismos chistes, con miradas cómplices y poco más.

Betty nunca se había sentido *entendida* de esa manera.

Se sentía correcto.

Todo siempre se sintió correcto, estúpidamente perfecto, ridículamente alineado con lo que quería. Nunca una discusión, nunca un reclamo. Betty empezaba a pensar que eso que había creído que los hacía perfectos el uno para el otro había sido el motivo de su perdición.

~

Wes y Betty. Ir a la misma escuela los había encontrado, ser vecinos los había unido como amigos y el tiempo como hermanos.

La cuestión es que nada había conseguido separarlos.

Hasta James.

James que decía que Wes tenía otras intenciones, James que insistía en que Wes la miraba más de lo necesario, James que la besaba cada vez que Wes entraba a una habitación. Y también ella. Ella que había escuchado a James, ella que había ignorado las advertencias de todos, ella que había besado a James de vuelta, pretendiendo no saber el motivo por el que la había acercado.

Incluso sabiendo que no debería ser así, sentir que ese chico —salido de una colección de sueños y cosas a las que las chicas como Betty no deberían tener acceso— la deseaba al punto de tener esos celos completamente irracionales, hacía que la recorriera una calidez abrumadora. Le gustaba sentirse alguien importante cuando se había pasado toda la vida siendo el personaje secundario en la historia de todos, cuando había deseado un amor como ese desde que las novelas de romance se convirtieron en su vicio secreto.

James había sido su historia de amor.

Había sido el chico que la incitó a decir lo que pensaba, que cuando ella dijo que quería hacerse un flequillo, contestó que debía hacerlo porque todo le quedaría bien. Había sido el chico que con solo sonreírle del otro lado del aula la hacía sonrojar, el que le dejaba notitas en el banco con dibujos horribles y frases obscenas que le arrancaban sonrisas escandalizadas y carcajadas horrorosas. Con él, los días de sentirse como la última opción, como el cárdigan viejo y olvidado debajo de la cama, dejaron de existir. Durante un año y medio, James se había encargado de que todos los días fueran un poco más fáciles, mucho más especiales.

James había sido su cuento de hadas.

Y por definición ella había creído que eso implicaba un final feliz. Nunca se le había ocurrido que las historias reales no terminaban

con un punto final puesto por un autor joven y optimista, sino que continuaban. Seguían y seguían eternamente con buenos y malos momentos, con altibajos que te arrancaban el aliento y te rompían el corazón.

Betty estaba abajo.

Muy abajo.

James había sido *su…* un cuento de hadas.

Betty nunca había sido la verdadera protagonista. Mientras duró, fue bonito, pero ahora su trabajo estaba hecho y volvía a ser el personaje secundario. Su vida volvía a entrar en pausa, sus emociones dejaban de importar.

Aunque estuvieran allí.

Aunque quemaran.

Aunque la estuvieran matando.

Una y otra y otra vez.

Ahogó un grito contra la almohada y dejó que desfalleciera en un jadeo. Empapó el estampado floreado, no se detuvo hasta que simplemente no encontró más lágrimas, hasta que las farolas se prendieron en la calle para combatir la oscuridad, hasta que sintió la sal en los labios y las costillas se le retorcieron entre espasmos agitados. Luego se levantó, con el pelo oscuro grasoso como nunca, con los pómulos remarcados en sombras grises y la bilis ardiéndole en la garganta, y tomó su *discman*, dispuesta a conectar los auriculares y destrozarse los tímpanos con el álbum más ruidoso de su colección.

Se distrajo con la vibración del celular. Se lo había regalado su padre por entrar a último año y todavía se sorprendía cuando alguno de sus pocos amigos que también tenían uno le escribía.

Lo agarró y cayó de nuevo en la cama, con la quijada temblando, los dedos tiesos como los de un cadáver, sus piernas de pronto perdieron toda capacidad de sostenerla.

Como si hubiese sabido que la necesitaba, como si la hubiese escuchado llorar a pesar de las cinco cuadras que había entre sus casas, como si no hubiera pasado un mes desde su última conversación en el baile de fin de año, Wes le envió un mensaje.

Hola. Están pasando el Rey León en la tele, vienes?

No era un mensaje de James.

No era un mensaje de su novio. Ya no tenía novio.

Y aun así, fue el primero en días que, incluso entre lágrimas, la hizo sonreír.

~

Vieron *El Rey León*.

Betty sin bañar, con los ojos como dos bolas rojas y en pijama, Wes a su lado, claramente confundido, pero aun así sin hacer preguntas.

Al día siguiente Wes compró el videocassette de *El Rey León 2*, que acababa de estrenarse.

Betty bañada, con el pelo en un moño a medias, todavía en pijama, todavía llorosa. Wes, a su lado en el sillón del living. Mantuvieron su distancia, se sonrieron, no hablaron demasiado. Nadie hizo preguntas, nadie dio explicaciones.

Luego vieron *Blanca Nieves*. Betty lloró hasta moquear cuando la princesa se encuentra sola y perdida en el bosque. Había algo en su desesperación, en el mundo deformándose ante el miedo, que le pesaba en el corazón. Wes la abrazó. Intentó preguntar, la miró a los ojos y se calló. Pero no la alejó de sus brazos hasta que la película terminó. Como de costumbre sin más que una sonrisa, Betty se fue.

Y los días pasaron, y las películas empezaron a acumularse, y lentamente empezaron a formarse pequeñas conversaciones; tímidas, curiosas pero temerosas de no poder recuperar lo que habían tenido. Se convirtieron en semanas. Vieron *Pretty Woman* y Betty lloró hasta temblar y vomitó las palabras de Inez. Contó todo.

James está con alguien más, susurró, con la voz pendiendo de un hilo y las lágrimas trazando serpientes plateadas sobre sus mejillas. *La estaba besando, Wes, James la estaba besando y no era yo*.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Qué *puedo* hacer, Wes? Nada. Ni siquiera se dignó a cortar conmigo. No vino a hablarme. Decidió que ya no me quería y…—las palabras se le enredaban en la lengua, el hipo interrumpía sus oraciones—... y pasó a la siguiente. —Wes negó con la cabeza. A Betty le hubiera gustado tener esa capacidad que tenía antes de leerlo a la perfección, pero el gesto permaneció un enigma.

Wes la estrujó con más fuerza, hasta que casi no consiguió respirar, hasta que ella misma rodeó su cintura con los brazos como si intentara exprimir todo el amor posible de él.

Cuando su hermano mayor llegó a la casa y los encontró abrazados en el sillón, dormidos, los despertó riendo.

—Yo sabía que era inevitable —dijo antes de desaparecer escaleras arriba.

Wes lo ignoró por completo. Betty, con la sensación de que tenía residuos de pegamento entre los párpados, de que sus extremidades habían sido rellenas con vidrios rotos y algodón, se limitó a cerrar los ojos y volver a dormir.

Estaba agotada. Extrañar a alguien que no pensaba en ella, perder su verano viendo películas en la oscuridad, arrastrar a su mejor amigo con ella... nunca se había sentido tan poco dueña de su propio cuerpo, de su propia vida. Estaba cansada de girar y girar sin rumbo.

James no era su eje. *Ella* lo había convertido en el centro de su universo. James solo era *el…* No *el* chico. Simplemente un chico. Antes de él había tenido una vida. No habría sido tan brillante, no habría estado tan llena de risas y momentos que se había jurado no olvidar, pero había sido una vida. Con amigos y salidas y otros momentos que atesoraba y recién ahora se daba cuenta de que había extrañado.

James le había enseñado muchas cosas. Entre ellas, a ser fuerte, ¿no? Tenía que poder ser fuerte sin él. No era como si tuviera más opciones. No era como si todavía doliera horrores querer hablarle y darse cuenta de que no podía, como si cada día revisara las cartas que le había escrito, los *te amos* y los recuerdos de él medio borracho declarando su amor. No era como si se despertara llorando porque soñaba con él, como si ya no pudiera escuchar sus bandas

favoritas porque todo lo que ella había amado se lo había mostrado a él y su esencia permanecía como muerte en el campo de batalla. No, no era como si nada de eso. En absoluto.

~

Se había muerto de aburrimiento, pero había podido atravesarlo y enfocarse en las clases particulares recordándose que lo hacía por él. En ese entonces quedaban solo unas semanas de clases, los últimos exámenes estaban a la vuelta de la esquina y James seguía siendo James.

Normalmente, Betty hubiera estudiado para saber, sin preocuparse por la nota en sí. Le iba bien, le interesaban todas sus materias lo suficiente como para estudiarlas con gusto. La escuela era sencilla. Nunca había pensado que serían sus últimos exámenes los que le enseñarían el estrés por el que muchos pasaban al estudiar, la necesidad de llegar a una nota como si esta fuera la definición entre la vida y la muerte.

Sin embargo, esto no tenía que ver con un promedio ni con autoexigencia desmedida. Betty tomaba clases particulares porque necesitaba entender cómo sacarse un diez en sus exámenes a la vez que pretendía ayudar a James a estudiar para que se sacara esa misma nota. Era la única manera de que fueran a la universidad juntos. James tenía que pasar todos sus exámenes con sobresaliente para que el año próximo sus promedios fueran lo suficientemente parecidos para ser aceptados en las mismas universidades. El historial de James podía no ser el mejor, pero si en estos exámenes y todo el año siguiente se esforzaban juntos, las universidades verían que un chico como él valía más que un chico que siempre vivió bajo rigurosa perfección. James era capaz de mejorar. Sólo tenía que creerlo.

Pero era difícil. James Detroit no creía en nada.

Una vez le había dicho que creía en ella y Betty se había sentido tan halagada, tan enternecida por sus palabras. En lugar de haberlo besado tuvo que haberle preguntado si creía en *ellos*. Se hubiera ahorrado el tiempo y la desilusión.

Y los buenos momentos… y los besos y los abrazos y que la tocaran como si fuera un honor. ¿Podía considerarlo todo una pérdida de tiempo cuando se había sentido tan real?

—Ey, no me estás prestando atención. No voy a repetirlo tres veces: atiende.

Betty se apresuró a salir de su cabeza, enredada de posibilidades para el futuro, y se concentró en la explicación de su tutora.

August parecía haber sido diseñada para cumplir el rol que cumplía en McKinley High: alta, tan delgada que parecía estar por desaparecer, pelo rubio oscuro, ojos enormes y tan bien maquillados que sólo otra chica podría reconocer que estaba usando maquillaje. Siempre la mencionaban en los eventos de fin de año; subía al escenario a recibir todos los premios posibles. Desde mejor compañera hasta mejor promedio. Una estrella en ascenso que además de ridículamente bella, agradable e inteligente, era un alma caritativa que daba clases de refuerzo después de hora para los alumnos desesperados.

Era recién la primera clase que Betty tenía con ella, pero en efecto eran tal y como James —que durante el año había ido alguna que otra vez, bajo insistencia de Betty— le había dicho: demasiado ruidosas y llenas de chicos que venían solo a intentar captar el ojo de August. Sin embargo, ella no parecía notarlo. No, corrección: lo notaba y no le importaba en absoluto. Se dedicaba a explicar con voz firme y clara, respondía preguntas y no hacía caso a ningún comentario fuera de tema. No tenía vergüenza alguna, era como si hubiera nacido para estar al frente. Betty se preguntaba qué sería de esta escuela sin su alumna estrella cuando se fuera a fin de año a la universidad.

Supuso que alguien más tomaría su lugar y le pareció lo lógico, lo inevitable, pero no pudo evitar ponerse un poco triste por ella. Todas las estrellas piensan que brillarán por siempre hasta que un día se apagan. Así. Sin más.

Y mientras lo pensaba, mirando a Augustine, quien los invitaba a sacarse cualquier duda sin vergüenza, no se le ocurrió que ella misma era parte de ese universo.

Betty, el planeta.

James, su sol.

Augustine, la estrella fugaz.

¿Qué diferencia hay entre una estrella fugaz y un meteorito?

Supuso Betty que a la distancia se verían iguales: destellos de belleza absoluta. Los podías diferenciar solo porque uno de ellos no desaparecería en la oscuridad de la noche. Un meteorito crecería y crecería a medida que se acerca, tan rápido que no se lo vería venir hasta tenerlo encima. Y te golpea, y todo ese brillo y esa hermosura te queman, te agujerean, te sacan de eje.

Y si eres un planeta, un meteorito demasiado grande podría llegar a reemplazarte en el sistema solar. No te darías ni cuenta de que ha pasado hasta que tengas demasiado frío. El sol está demasiado lejos. Su calor ya no llega a ti.

~

Último año estaba a la vuelta de la esquina. Las clases comenzaban en exactamente tres días.

Hacía un mes y medio que Betty no enviaba un mensaje a James. Un mes y medio que Betty no recibía un mensaje de James. Uno podría creer que sus caminos nunca se habían cruzado si no fuera por la caja de recuerdos bajo la cama de Betty, esa que había prometido una y otra vez tirar a la basura, que había dicho a Wes que ya había tirado, y sin embargo abría todas las noches.

La sacaba silenciosamente, aguantando la respiración como quien sabe que está cometiendo un error, para mirar, para recordar que había sido la chica que aparecía en todas las fotos que aguardaban dentro, la que no podía evitar sonreír, que tenía los ojos negros constantemente destellando, que bailaba de la mano de un chico rubio al ritmo de Queen y otras mil bandas que adoraban, pero habían sido enterradas tiempo atrás. Miraba con anhelo y se decía que podía volver a ser esa chica. Podía volver a ponerse el cárdigan lila que llevaba puesto cuando Inez le dijo la verdad, su cárdigan favorito que también había sido el favorito de James. Lo había llevado puesto la primera vez que se besaron, en el auto de él, al

principio con miedo, luego con decisión y manos y lenguas y respiraciones que se mezclaban sin tener principio ni fin.

Podía ser esa chica con o sin James.

Tenía que creerlo.

Aunque fuera más difícil y aunque extrañara despertar con él.

Aunque se pasara el día y la noche pensando en si Augustine sería muy diferente de ella misma. Después de todo, no la conocía prácticamente nada. Aunque le hubiera gustado haberla conocido aún menos. Ahora sabía cómo sonreía, sabía que era bella y paciente y que se movía como si estuviera hecha de agua, con una gracia infinita que Betty nunca sería capaz de imitar. Se preguntó si tal vez no era lógico que James la hubiera dejado ante la posibilidad de tocar a una chica así, de tenerla cerca. Se preguntó si tal vez llevaba tiempo sucediendo, si Betty había cavado su propia tumba cada vez que insistía a James para que se anotara en clases de apoyo, si todo llevaba mucho más tiempo sucediendo justo bajo sus narices y la negación de James a recibir ayuda no era más que un acto para que no sospechase.

¿Tan poco lo conocía? La mera idea se abría lugar dentro de ella, un taladro atravesándola y abriendo un agujero al infinito y más allá. Su cuerpo entero temblaba, todo lo que creía saber se tambaleaba y se caía de las estanterías de su mente. Había dejado que James la conociera como nadie se había interesado por conocerla nunca y ella, encantada de ser *alguien*, no se había cuestionado si estaba o no recibiendo el mismo honor. Asumió que James decía la verdad, le creyó, porque la miró siempre a los ojos con tanta determinación que nunca se le ocurrió que existiera otra posibilidad.

Y aún así, sabiendo de sus mentiras, conociendo la parte más horrible de él, Betty no podía evitar quererlo de vuelta. Sabía que en algún lugar existía la versión de James que la había hecho sentir la mujer más hermosa de la faz de la tierra, que había endulzado sus oídos con palabras bonitas cuando sus pieles se encontraban. No le importaba que una parte hubiera sido mentira porque estaba convencida de que sus palabras guardaban alguna verdad. No todo podía ser falso.

Se preguntaba si James le decía las mismas cosas a Augustine. Si ella también le creía sin dudar. Si siquiera sabía de Betty, o para James significaba tan poco que ni la había mencionado. Inez le dijo que aparecieron juntos en varias fiestas y Betty sintió el terremoto en su interior sacudirla con más fuerza, haciéndola gritar y rompiendo el mundo como lo conocía.

Betty siempre había sido una persona solitaria, pero la traición de James la convirtió en algo que nunca había sido: Elisabeth Arai fue por primera vez una persona triste.

Y aunque podía ser feliz de nuevo.

Y aunque quería serlo.

Solo le interesaba la felicidad si era *con él*.

Y eso complicaba bastante las cosas.

~

Su padre sabía que "James y Betty" ya no era una frase que se utilizara, y parecía encantado con haberla reemplazado por "Betty y Wes". Después de todo, su mejor amigo era el hijo que nunca había tenido. Una pena que Betty no pudiera verlo como algo más.

Lo había besado, hacía dos semanas. Quería probarse que tal vez... si lo intentaba... no estaba segura de qué esperaba, pero, de todas formas, cuando el instante de impacto pasó y Wes la tomó por la cintura para acercarla, la decepción le cayó encima como un balde de hielo.

James, en el pasado, la había besado como si poner sus labios sobre su piel fuera un regalo, pero como si a su vez le perteneciera, como si cada beso fuera una demanda y a su vez un agradecimiento. Había deslizado sus manos por su cuerpo sin miedo a romperlo, un tacto que había quemado y saciado y destruido todo a su paso sin sentir la más mínima vergüenza ante su insaciable exploración.

Wes la besó como si le estuviera haciendo un favor. Fue casi tan atractivo como besar una pared.

Él se separó primero.

—Lo siento —susurró ella.

Se encontraban ambos tendidos en la cama de él —Betty no toleraba ver a ningún hombre sentarse en la suya, como si su presencia fuera a borrar los recuerdos que James y ella habían hecho allí—, todavía tenía las manos de Wes en la espalda baja. A esa altura del beso, James ya hubiese pasado por muchos otros lugares.

—Está bien —contestó él, presionando su frente contra la de ella —. Siempre había tenido curiosidad de cómo sería.

Inevitablemente, Betty rió, cerrando los ojos y acercándose más a él.

—¿Besarme?

—Nosotros. Si fuésemos algo. Si *esto* pasara en serio.

—Antes de... —no pudo pronunciar su nombre. Incluso después de todo ese tiempo, se le atoraba en la garganta, llamaba al dolor.

—Sí —coincidió Wes con un asentimiento—, tal vez antes de él hubiese podido ser.

—Me hubiese gustado.

—A mí también.

Sin que ella se percatara del movimiento, Wes la besó una última vez. Apenas una presión de sus labios, carnosos y firmes —no como los de James, tan finos que podría decirse que eran una línea dibujada con marcador—, contra los de ella. Era una despedida agridulce, que ella respondió, lamentándose.

Por primera vez, deseó no haber conocido a James.

Tal vez así le hubiese gustado sentir el cuerpo musculoso de Wes contra el de ella. Tal vez hubiese podido mirar a cualquier rubio y pensar que era atractivo, en lugar de buscar en él ojos atormentados y rasgos que en el pasado la habían hecho feliz.

—Voy a hacer una fiesta el próximo viernes —anunció Betty.

—¿Ah, sí? —incluso con los ojos cerrados, supo que Wes estaba alzando una ceja alborotada—. ¿Y vas a besarme ahí también?

Una risita retumbó en su garganta. Tenía muchas ganas de llorar. Le hubiese gustado que le quedasen lágrimas para hacerlo.

—No seas tonto. Fue idea de Ginna hacer algo tranquilo antes de que empezaran las clases, para *despedir el verano* —agregó como

burla cariñosa.

En el último mes había perdido a James, se había perdido a sí misma, pero había recuperado a muchas personas. El universo trataba de mantener un equilibrio, supuso. Betty querría estar más agradecida por ello, pero si bien era un consuelo, no mitigaba el agujero en su pecho. No hacía nada para cambiar la realidad. Estaba sola. Una vez más la habían dejado.

—Usaremos el comedor y el porche —siguió explicando—. Si la noche está linda tal vez el patio trasero. Y seríamos los de siempre. Y sus *eh*... parejas.

Había algo extraño en, después de dos años de novia, volver a formar parte del sector de solteros de sus amigos. La ponía incómoda, como si de repente le hubieran arrancado la piel y la hubiesen expuesto en el zoológico.

Wes asintió y se acomodó. Betty quedó prácticamente tendida sobre su pecho y deseó con todas sus fuerzas que pudieran quererse de esa manera. Deseó aún más no haber dejado que James se interpusiera en su amistad. Y todavía más, deseó que James pudiese verlos ahora y se retorciera de celos e ira. Aunque ya no creía tener la capacidad de generar eso en él. Perderla, evidentemente, no le había generado nada.

Betty no podía encontrarle sentido. El día del baile, James no había mostrado el rostro, la había dejado plantada y ella había pasado de preocuparse a enfadarse; a preguntarse qué había hecho mal. Se suponía que era su noche, que bailarían juntos y que pasarían la noche en casa de James. Se suponía que sería especial y en su lugar Betty había sido abandonada. Terminó pasando la noche prácticamente sola, compartiendo un baile incómodo con Wes y un par de canciones en ronda con otros grupos de chicos que habían asistido solos.

Desde que conocía a James, siempre habían sido *dos*. La noche del baile Betty ni siquiera pudo sentirse como *una*. Sentía su ausencia como una extremidad perdida, que picaba a cada momento y no la podía aliviar.

Se preguntó si algún día le daría una explicación o, aunque sea, la oportunidad de hablar cara a cara con honestidad. Seguía sin

comprender cómo, en qué momento lo había perdido. De a ratos se preguntaba si era posible que hubiese estado pasando desde siempre y ella hubiese sido la única ciega en no verlo. Pero no tenía sentido, ninguno en absoluto, que hubiese fingido por tantos meses. ¿Qué hubiera ganado de hacerla sentir así? ¿Quién podría mirarte como si fueras absolutamente todo su mundo y luego pasarte por encima? Nadie.

La última vez que vio a James había sido un fin de semana. Se había inclinado para besarlo y él se había hecho el distraído. Había intentado acercarse y él la había hecho a un lado con la excusa de que estaban sudados. Desde los inicios de su relación habían salido a correr juntos, como acababan de hacer, y el sudor jamás había sido un impedimento. Se sentía como una idiota por no haberlo notado, por no haber dicho nada, por todavía sentir esas ganas inconmensurables de volver a los días de largas horas bajo el sol. Su parte favorita había sido el final del recorrido, en su auto.

Había algo desenfrenado y estúpido y bello acerca de ese auto, que a Betty le había encantado desde el primer momento. Tal vez era que siempre oliera a James, o que fuera la única chica que se subía al asiento de copiloto, o que cada tanto fallara el motor, dándoles una excusa excelente para llegar tarde a todas partes. Augustine tal vez pensara así de ese auto y pensara así de James, y Betty se desvelaba por las noches pensando que debería advertirle.

No es quien crees. No te dejes engañar. ¿Sabes quién soy? No importa. Si sabías de mí, lo comprendo. Yo también hubiese caído. Pero si no sabías de mí, lo siento. Lamento no haber llegado a tiempo, lamento no haberme dado cuenta antes, lo lamento por el momento en el que te enteres, pero lo lamento todavía más si nunca lo haces.

Pero, por sobre todo aquello, Betty quería decirle que no lo escuchara, que no dejara que James le dijera que la amaba. Sabía por experiencia propia que, una vez pronunciadas aquellas palabras, con la voz arruinada de James y ese deje melancólico que tenía, no había vuelta atrás. Sabía que caer era mucho más fácil cuando lo creías mutuo.

Betty sabía que en algún momento James la había amado, sabía que lo había hecho feliz. Lo que no sabía fue cuándo dejó de hacerlo.

Pero decidió que se quedaría con la duda, porque no existía mundo en el cual ella fuera a mirarlo a los ojos y poder escuchar la lista de motivos por los que lo perdió.

CORAZÓN 2:
AUGUSTINE

"August slipped away
Like a bottle of wine
'Cause you were never mine".
August, Taylor Swift

Si esa noche después del baile, viéndolo caminar por la vereda, el traje arrugado y la camisa abrochada a medias, Augustine hubiese tenido que elegir una palabra para describirlo, hubiese elegido "imposible". Si se la hubiesen pedido dos días antes, él recostado contra los lockers, su mano enguantada en la de su novia, y Augustine pasando sin más, "imposible" todavía hubiese sido su primera elección.

James Detroit iba a su misma escuela, un año debajo de ella, y la primera vez que Augustine lo vio, ya era demasiado tarde. Él estaba mirando a Elisabeth. Siempre había estado mirando a Elisabeth. Y tal vez por eso, Augustine debería haber sabido. Sabido que era una mala idea, sabido que debía dejar de buscarlo, sabido que lo que había iniciado como un simple deseo por lo imposible, podía terminar convirtiéndose en una sentencia de verdad.

Pero Augustine, por ese entonces tan poco consciente, no había sabido. No, Augustine lo había mirado de lejos; mientras empezaba con detalles imperceptibles —una mano sobre sus hombros al principio, alrededor de la cintura después, un susurro en el oído, un caramelo de regalo, una sonrisa en la distancia— a acercarse a Elisabeth. Nunca había intervenido. De todas formas, su camino y el

del chico rubio nunca tendrían motivos para cruzarse. Augustine era lo que cualquiera desearía y no tenía motivos para perseguir niños como James. Aunque midieran lo mismo que torres y sonrieran como si supieran cosas que escandalizarían a cualquier adulto.

Si hubiese tenido que describir a James entonces, antes del baile, antes de conocerlo, sí, hubiese dicho "imposible". Porque James Detroit y Elisabeth Arai habían aparecido en el anuario como la mejor pareja de la escuela durante dos años consecutivos. Porque James, desde su llegada a Nueva York, había tenido ojos únicamente para la chica de los jeans holgados y las sonrisas amables. Era como si nadie más existiese. Si no tenías los ojos rasgados, el pelo negro, lacio y aburrido, junto con una colección impresionante de suéteres, sería un milagro que James te dirigiera más que una mirada al pasar.

La noche del baile no había sido diferente. No en lo que James aparentaba al menos. Viéndolo de lejos, medio pasada de tragos, manejando a una velocidad posiblemente superior a la permitida, Augustine tuvo que mirar más de una vez para convencerse de que, en efecto, estaba solo. Elisabeth —su dulce, única y adorable *Betty*— no daba señales de aparecer. En la oscuridad, cabizbajo, pateando una lata vacía de cerveza, James se veía tan imposible como siempre. Y solo. Tan solo que casi parecía absorber la luz a su alrededor. De no haberlo mirado durante tanto tiempo, Augustine no lo hubiese reconocido; hubiera seguido de largo, perdido su oportunidad.

Antes de saber lo que hacía, tenía la ventanilla baja y su mejor sonrisa preparada para él.

—Hey, James Detroit, ¿no? —preguntó desinteresada, como si no supiese de memoria las páginas del anuario en las que aparecía; la 16, vestido con una sudadera gris raída y sus brazos en torno a su novia, sus ojos sobre ella —desobedeciendo completamente la norma que insistía en que ambos deberían mirar a la cámara—, y en la 46, una esquinita insignificante dedicada a los ayudantes de detrás de escena de las obras de teatro escolares. Augustine siempre había pensado que se veía particularmente feliz en esa esquinita, y un poco como si aquello lo avergonzara. Fingió no haberlo visto en sus clases de apoyo, siempre sentado al fondo y

rara vez prestando atención a lo que fuera que ella estuviera explicando.

Algunas veces la había mirado, habían conectado sus ojos a través de todos los idiotas que estaban entre ellos, y Augustine había sentido sus intestinos plegarse hasta formar una grulla de origami en su estómago y salir volando por la ventana. Los ojos de James la hacían sentir repleta y vacía a la vez. Nunca los miraba más de medio segundo. No le gustaba esa sensación. Sin embargo, siempre se quedaba con ganas de volver a verlo.

—Hey, James Detroit, ¿no?

Sobresaltado, la miró. Era la primera vez que sus ojos se encontraban por tanto tiempo. Incluso en la oscuridad, Augustine pensó que tenía los ojos grises más hermosamente vacíos de la historia. Enrojecidos, como si los hubiesen espolvoreado con sal, no la observaban con el desinterés particular que los caracterizaba vagando por los pasillos de la escuela, si no casi temerosos. Con la guardia baja, James parecía más joven que de costumbre, casi adorable.

Entonces, como para recordarle que era todo lo contrario a *adorable*, su expresión se afiló y entre sus cejas se marcó un surco. Recompuesto y con las manos todavía en los bolsillos de su elegante pantalón de vestir, pasó de ella y siguió caminando. En un día normal —o más bien, sobrio— Augustine se hubiese ido, orgullosa como era, odiándose por dejar que un imbécil como él pudiese hacerla sentir tan... insignificante. Y, sin embargo, era un día de celebración, de últimas oportunidades. El baile de fin de año; su última vez pisando la escuela. A mediados del año siguiente, estaría estudiando en Atlanta. No tenía nada que perder.

Así que, en lugar de alejarse, pisó el embrague para seguirle el paso, sin dejar de sonreír y corriendo el riesgo de llevarse puesto a algún peatón con la mala suerte de estar caminando a esas extrañas horas, justo cuando ella decidía que era más importante mirar a un chico que prestar atención a la calle.

—James —le dijo, con todas sus intenciones implantadas en esa simple palabra—, entra al auto.

Cuando la miró entonces, Augustine creyó ver en él el momento exacto en el que cambió. La lata de cerveza que había estado pateando era suya, sus ojos cristalizados y furiosos probablemente habían derramado lágrimas a mares. No era muy difícil de deducir: a James muy probablemente le habían roto el corazón.

Augustine pensó que era perfecto. *Posible*.

Y lo fue.

Posible, pero lejano al principio, cuando con pasos lentos pero decididos, como si en cualquier momento fuera a reírse de ella y desaparecer, se acercó al auto. Augustine no dijo más, en gran parte porque tenía la lengua pesada, pero mayormente porque no había esperado que funcionara. Se le habían cruzado muchas maneras para cerrar la noche de su baile de graduación. Con el chico que la había invitado, por ejemplo, o con sus amigas en algún lugar de comida rápida, con los dedos engrasados y paquetes de papas fritas, y finalmente en su casa, sola y preguntándose si había algo de todos esos años de secundaria que mereciera la pena llevarse a Atlanta.

La vida tenía unas formas increíbles de sorprenderla. En sus opciones para esa noche, nunca hubiese estado James Detroit borracho mirándola como si la odiase. No entendía por qué la miraba así. Tampoco le importaba demasiado. Era fácil pasar por alto el ardor que le resquebrajaba la mirada cuando *al fin* estaba posada en ella. No como en las clases, con ese deje casi fantasmal que la atravesaba, como si ni siquiera la viera. Esta vez James sólo parecía tener ojos para ella. Así era fácil pasar por alto que tenía una novia que Augustine había visto en el baile. Era fácil pasar por alto que muy probablemente no debería estar haciendo lo que estaba haciendo. Augustine nunca había sido de las que se metían en medio, nunca había creído que nadie valiera el drama que venía con ello.

Probablemente James tampoco lo valía.

Pero no tendría que lidiar con ningún drama. Sería una noche. La única en la que James Detroit sería finalmente *posible*, y luego seguiría su camino. Problema de él y su novia lo que viniera después.

Todos estos años había sido absolutamente todo lo que se esperaba de ella. En la bruma que había en su mente, mientras James Detroit se subía a su auto, empezó a formarse en su cabeza la idea de que tal vez esta fuera su oportunidad; de permitirse, aunque sea esta vez, querer algo. Nunca había deseado nada en esta vida. Tal vez por eso no entendió a tiempo —a tiempo para evitarlo, a tiempo para salvarse— lo que le pasaba con James.

Augustine quería una noche. Con unas horas se conformaría. Era todo lo que pedía para permitirse ser más. Más que la hija, la alumna, la amiga, la hermana ejemplar. Quería algo suyo para llevarse a Atlanta.

Augustine nunca había sido cruel. Nunca había sido egoísta. Se había limitado a ser, casi sin sacrificio, la mejor en todo lo que hacía. Meses después de este encuentro, se preguntaría si por eso la intensidad de su deseo la había poseído de esa manera. A la oscuridad de su dormitorio en Atlanta le confesaría que una vez quiso algo con tanta fuerza que destruyó todo en su camino con tal de conseguirlo. Ella misma no se salvó de la fuerza de su deseo, ni de la de su destrucción.

James la miró y ella arrancó el auto. No lo detuvo cuando él puso una mano sobre su rodilla. Ni cuando esa mano subió. Ni se preguntó a dónde iban cuando él empezó a darle indicaciones —derecha, izquierda, la próxima calle, esa es mi casa, estaciona—. Se encontraba adormilada, acunada entre su tacto, su voz y la calidez entorpecedora del alcohol.

James Detroit no solo fue *posible*, sino que fue *real* —con las manos de él recorriendo sus piernas, los labios de ella saboreando todos los rincones de su piel— y más tarde *increíble*. En un instante, habían cruzado el umbral de la puerta principal, un pasillo y avanzado a una habitación difuminada por el eco de sus respiraciones. No recordaba cómo habían llegado a eso ni se preguntó por qué ningún adulto los interrumpía escandalizado.

Fue *posible* y fue *preciado*. Para ella al menos. Incluso creyó que podía ser *suyo*. Pero hizo mal. Hizo muy mal. Eligió creer, eligió soñar y lo eligió a él. Cosa que tal vez hubiese terminado bien si

James la hubiese elegido de vuelta, si elegirla hubiese sido siquiera una opción.

A partir de esa noche, muchísimas palabras se fueron sumando a su descripción de James Detroit. Bello, adictivo, serio, arrepentido, apasionado, equivocado, arruinado, solitario, lejano, roto.

La mañana siguiente despertó y pensó: *mío*.

Lo más peligroso de creer que le pertenecía, fue que nunca se le ocurrió, que lo podía perder.

~

Lo despertó con un beso. Augustine solo podía pensar en que quería que sucediera otra vez. Había estado todos esos años conformándose con observarlo y ahora estaba desnuda, envuelta en sus sábanas, en su olor, y cada fibra de su ser pedía a gritos que no lo dejara ir. No sabía que se pudiera desear tanto a alguien y *por eso* lo despertó con un beso.

Él le correspondió, adormilado. Tenía aliento a cerveza y cigarrillos. Susurró algo que ella no comprendió y sin abrir los ojos dejó que Augustine se pusiera sobre él. Nunca perdió sus labios. James tenía tanta resaca como ella y la memoria de la noche anterior hecha jirones y por eso Augustine sospechó que no la detuvo en ese instante, que no la sacó a patadas de su casa.

James correspondió el beso soñando con otra chica, deseando que Augustine fuera alguien más.

Por eso cuando abrió los ojos, Augustine sintió todo su cuerpo tensarse. Sus ojos registraron la mata rubia de pelo, y sus ojos pardos, sin comprender. No lo dejó unir las piezas, no le dio el tiempo a comprender quién era ella, qué hacía, qué habían hecho. Se movió sobre él, bajando sus labios a su cuello y por poco tuvo que pellizcarse a sí misma —*¿Esto es real?*, pensó— cuando James cerró los ojos y las yemas ásperas de sus manos presionaron sus caderas.

El corazón se le había subido a la cabeza, le latía a gritos. Pensaba que la forma en la que James acercaba sus cuerpos tenía que ver con ella, con la noche que pasaron juntos, con algo que

estaba —*al fin, al fin, al fin*— pasando entre los dos. ¿Cómo iba a saber que sólo era un chico aferrándose a un cuerpo? Después de todo, a Augustine nunca la habían sostenido con amor. Así que cuando él la pegó a él —con una fuerza desmedida, desesperada, desgarradora, desoladora en su intensidad—, ella no supo ver la diferencia.

De nuevo, nadie interrumpió. La casa se mantuvo en silencio sepulcral.

~

Dos días más tarde, Augustine empezó a preguntarse por el vacío inmenso que había en esa pequeña casa.

En esos dos días, James y ella no habían hablado demasiado. Se habían limitado a moverse en el mismo espacio, a mirarse, besarse, tocarse y sentirse sin explicaciones. Sin limitaciones. Todo era válido.

Excepto hablar.

—¿Dónde están tus padres? —preguntó la segunda noche. Eran las cinco de la tarde. Estaban desayunando. No había música. Podía escucharlo tragar el café. No lo vio comer. Desde la noche del baile que estaban juntos allí y Augustine no podía recordar haberlo visto ingerir un solo bocado de nada.

James dejó la taza en la mesa, la tomó por la cintura y la hizo sentarse en sus piernas. Se llevó la pregunta con un beso y Augustine, que de amor y de besos sabía poco pero de evasivas mucho, entendió perfectamente. Si había pensado que estar bajo el mismo techo que James Detroit lo volvería menos misterioso, menos intrigante, se había equivocado. Cada vez sentía que sabía menos de él. Después de todo, siempre lo había creído un niño rico, un enamorado, un privilegiado… y resultó ser que James vivía en una zona donde era posible que te despertara un tiroteo no muy lejano y que en su mesita de luz, la foto que había de su novia estaba boca abajo.

Sobre esa foto, que los había observado dormir y hacer de todo menos dormir la noche después del baile, Augustine sí que no hizo preguntas.

—¡Ahí viene la niña más inteligente del mundo! —solía decir su madre cuando llegaba de la escuela. Lo decían también sus abuelos y sus hermanos, sus profesores y la directora de la escuela. Tenía cartas de recomendación hablando maravillas de su rapidez mental, por sobre todas sus otras ya increíbles cualidades.

De todas formas, no había que ser brillante para entender que James no daba respuestas ni las exigía. No era lo que esperaba de ella ni lo que ella debería esperar de él, por lo que Augustine se limitó a tomar sus silencios.

Por la noche de ese tercer día, se fue.

James no la había echado, pero tampoco se había opuesto o despedido cuando la vio sacarse la remera que él le había prestado y vestirse con el elegante vestido del baile. No la detuvo. Se limitó a observarla salir de la habitación en ese denso silencio que lo rodeaba todo el tiempo, que tiraba de ella como una especie de estática imposible de ignorar. Augustine jamás pudo leer los pensamientos que atormentaban esa falta de habla.

Al cruzar el umbral no había esperado volver a escuchar de James. No había esperado el cosquilleo que se extendió en su cuerpo desde la punta de sus pies cuando recibió un mensaje de él, cuatro días más tarde, preguntándole por sus planes. No había esperado aceptar, ni que se repitiera una y otra vez, que sus encuentros en el auto terminaran en fiestas, ni que la pasara a buscar por la puerta trasera del centro comercial para perder horas y horas con él. No había esperado tener tantas ganas de saber de él, de conocerlo más allá del calor de su piel o del tacto de sus labios.

Lo que en principio fue una excepción, se convirtió en rutina.

Augustine recibía un mensaje.

JAMES**: Hoy. 17:00hrs?**

AUGUSTINE**: Sí.**

James no podía permitirse mandar más caracteres. Los mensajes más largos eran caros. Y James no tenía mucho de nada. Era lógico

que fuera breve. Así que su chat estaba lleno de horarios propuestos por James y asentimientos de Augustine.

Nunca le dijo que no. Al principio porque le parecía lógico cancelar lo que fuera que tenía planeado para darse una prórroga de la noche del baile y extenderla un poco más. Luego, cuando se dio cuenta de que James no pretendía dejar de verla, sonrió con altanería y dejó que la sorpresa con la que recibía las invitaciones de James se convirtiera en expectativa y la expectativa en necesidad. Sin siquiera darse cuenta, Augustine empezó a pasar los días en su casa tirada bajo el ventilador y con el celular siempre al alcance de la mano.

Al principio fue muy buena con sus excusas: que estaba haciendo demasiado calor, que sus amigas estaban muy dispersas, que quería un verano tranquilo antes de que la vorágine de la universidad tomara control de su vida. Todo aquello guardaba algo de verdad. En efecto, ese agosto en Brooklyn las temperaturas rara vez bajaron de los 78.8 F. Todas sus amigas estaban aprovechando los últimos meses con sus familias antes de que la universidad las obligara a crecer demasiado rápido, a vivir en dormitorios rodeadas de desconocidos, de fiestas y de nuevas experiencias. Ella misma sabía que mudarse a Atlanta daría vuelta su vida como la conocía — aunque no la afectaba demasiado, pues siempre había sabido arreglárselas y esta vez no sería la excepción.

La realidad fue que el verano de 1998, lo único que hizo Augustine fue esperar a James. Esperar sus mensajes, esperar a verlo, esperar a sentirse viva y llena de adrenalina porque nunca sabía cuándo la besaría, cuando la echaría de su casa, cuándo lo volvería a ver. Sin embargo Augustine siempre supo que ella estaba en control, pues no importaba cuánto sufriera a la espera de sus mensajes, en todas esas semanas jamás le escribió ella a él. Y pues eso significaba que ella era la que elegía verlo, la que elegía tener a este chico comiendo de su mano y esperando su aprobación para verse.

Siempre tuvo mentalidad de ganadora: sabía verse donde quería estar y solo con ello había podido llegar a todos esos lugares y

llegaría a muchos más. Nadie le había dicho que su convicción podía convertirse en ceguera, ser su mayor debilidad.

~

August se descubrió preguntándose por James una noche tras otra. Sobre su familia, sobre la casita desvencijada en la que vivía y el auto con olor a humedad y cigarrillos que manejaba, sobre cómo había terminado siendo asistente de iluminación del club de teatro, sobre si le gustaba quedarse después de clase solo para iluminar una obra de la que ni siquiera formaba parte, sobre sus amigos, sobre las mascotas que pudo haber tenido de pequeño, las asignaturas que le gustaban, si hacía deporte y si le gustaba la música.

Y si bien al principio no le había importado más de lo que te puede importar una nota al pie de página —tan poco trascendental para la comprensión de la historia—, Augustine había empezado a preguntarse por Elisabeth Arai. Porque a pesar de los besos que James le daba, de los días y las noches compartidos, el fantasma de Betty estaba allí con ellos; un parásito habitando en el corazón, la memoria y la vida de James. Para él, todo era Elisabeth, y para Augustine en algún momento eso había pasado de ser una duda a una molestia, y de una molestia a un dolor.

Había escuchado el celular de James sonar cada vez que Elisabeth mandaba un mensaje. Lo había visto pararse de la cama donde yacían y atender, todavía medio desnudo, sus llamadas, con una voz monótona que August se preguntaba si Elisabeth era tan idiota como para no notar. Se preguntaba si James también la traía a esas mismas sábanas en su cuartucho con la pintura descascarada y si las noches que una no estaba allí la otra ocupaba el lado derecho de la cama. Se preguntaba si James sabía lo que hacía, si improvisaba, si alguna vez le diría la verdad.

Augustine no podía parar de preguntarse qué habría hecho Elisabeth para merecer un amor tan errado como el de James. Agradeció no ser como ella. Agradeció no estar enamorada de él. Y

mientras, pasó días y noches pensando en qué hacer para no perderlo.

E incluso siendo consciente de que la sonrisa de James era un arma de doble filo, no encontró la fuerza para darle la espalda. Era todo eso de lo que siempre se había alejado, que siempre la había atraído más de lo que debería y por ello representaba un riesgo demasiado grande. El tipo de chico contra el que todo el mundo era advertido. El tipo de chico que nadie quería ser ni tener cerca y que a su vez envidiaban porque no comprendían *cómo alguien podía ser así*. Augustine misma no lo entendía; James era sencillo y complicado y profundo y superficial, arrogante y caritativo, todo a la vez. Pero tenía algo, algo indescriptible que August no podía dejar ir. Si él le hubiese permitido llegar más allá, si en sus sueños hubiese dejado de susurrar el nombre de Betty, tal vez hubiese sido capaz de entender qué era.

Tenía una forma de acariciar que, si cerrabas los ojos, te hacía sentir que el mundo giraba a tu alrededor. Es más. Cuando James te miraba, era fácil creer que podías frenar el mundo solo con una orden. En sus manos, cuando te sonreía, cuando reía en voz baja y se acercaba, cuando preparaba el desayuno y dejaba el plato frente a ti, corrías el riesgo de creer que estabas en control. Y Augustine creyó que ella tomaba las decisiones, que era ella la que decidía no hablar de Betty, que era ella la que no quería que nadie supiera de su relación, que era ella la que terminaría alejándose, intocable, de James, rompiéndole el corazón.

Augustine creyó estar *tan* en control que hasta empezó a creer que podía quedárselo y a soñar con él cenando con su familia, a imaginarse que en el futuro la tomaría de la mano. Fue entonces y solo entonces
—cuando se dio cuenta de que era demasiado tarde, que ya lo quería y que lo podía querer todavía más— que James dejó de llamar.

~

Habían pasado el verano entero, días y días refugiados en su casa vacía, revolcándose en las mismas sábanas deshechas, compartiendo los mismos despertares con el sol acariciándoles la espalda, las mismas noches de estrellas y música y fiestas repletas de desconocidos en las que solo importaban ellos dos... y de la nada *silencio*.

Las mañanas de espera convergieron con las tardes que se derramaron sobre la noche hasta mezclarse con los amaneceres y convertirse en días enteros.

No pasó mucho tiempo antes de que rompiera su única regla y le escribiera.

Sus mensajes nunca obtuvieron respuesta, sus llamadas fueron directo al buzón.

Pasaron exactamente cuatro días y tres horas desde el primer mensaje que James ignoró hasta que Augustine se dio cuenta de que esta vez de verdad no respondería. Y ella, de verdad, por primera vez en su vida, no podía hacer nada al respecto. No podía estudiar más o forzarse a quererlo más —estaba segura de que lo último que necesitaba era eso— ni podía obligarlo a darle respuestas, a cumplir con sus fantasías. Estaba estancada en la realidad y la realidad era nada más y nada menos que lo que tenía frente a sus ojos.

Casi al borde de la risa histérica, Augustine recordó haber pensado alguna vez que ella sería la ruina de James, que podía arruinar a cualquiera. Qué irónico. Qué poético. Qué horriblemente triste.

Se prohibió llorar. Se dijo que lo tenía prohibido mientras las lágrimas, desobedientes y burlonas, se deslizaban por sus mejillas. Augustine nunca había perdido. Jamás. Había sido de los mejores promedios, presidenta de todos los clubes a los que asistió, directora del comité del baile, capitana del equipo de handball y votada mejor compañera. Y, sin embargo, James se creyó la excepción a la regla.

No, se dijo a sí misma ese segundo día, James no era la excepción. Ella ganaría. Él era su amor, su premio por todo aquello en lo que había sido excelente, el único por el que se había permitido dejar de ser perfecta, romper las reglas, desear más allá

de la lógica y la razón. James, el único por quien se había atrevido a dejarlo todo, no sería su primera derrota.

No estaba segura de cómo, pero había conseguido llegar a la casa de James sin atropellar a nadie en el camino. Fue la primera vez que condujo sin miedo por ese barrio tan diferente al que la había visto crecer. No le importaba. Que le robaran. Ni siquiera recordó haber bloqueado las puertas del auto al bajarse. No estuvo segura de absolutamente nada y se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo sin *sentirse* segura. James siempre había hecho que su estómago se retorciera de ansiedad, que agujas se le clavaran en la piel, que la adrenalina la elevara. James había hecho todo aquello, pero nunca la había hecho *sentir segura*. Siempre al borde de desaparecer, en el límite entre la frialdad y la calidez. James era una cuerda floja y la había dejado caer.

~

Sabía que escondía la llave de emergencias en el alféizar de la ventana izquierda, tras una maceta seca y agrietada que jamás había visto una planta u agua. James solía decir que se encargaría de ello, y también solía posponerlo. Augustine había llegado a pensar en regalarle ella misma una planta para reemplazar la tierra seca y la muerte que desprendía esa maceta. Se había permitido soñar demasiado lejos, fingiendo no ver la foto de Betty, volteada, pero todavía en la mesa de luz.

Empujó la puerta y no se molestó en suavizar el golpe del pomo contra la pared. El estruendo hizo eco en el angosto pasillo, retumbó en el único piso de la casa y por un instante, ésta pareció lo suficientemente grande como para tragarse todas sus penas; retumbó en la cocina, en el patiecito y en el cuarto principal que Augustine siempre había encontrado cerrado con llave. Se imaginó el golpe sacudiendo las paredes del cuarto al fondo de la casa, casi tan pequeño como un armario, ese con las sábanas deshechas y la foto de una chica a la que no se la había amado como era debido, sobre la mesa de luz. Augustine esperó. Con lágrimas en los ojos, esperó. Uno, dos, tres segundos. Nada. Aire. Húmedo y pegajoso, como el

aire lo era siempre en el verano, con una ligera brisa que indicaba que pronto llegaría a su fin. Todo, eventualmente, llegaba a su fin.

James no apareció en el umbral oscuro del cuartucho, con su típico ceño fruncido ni con los ojos somnolientos, sino que se materializó a espaldas de Augustine, con dos bolsas de supermercado en cada mano y la sorpresa escrita a rayones en el rostro. No había esperado que ella luchara por él, porque él no hubiese luchado por ella.

—¿Ryce? —preguntó. Claro, ni siquiera la llamaba por su nombre. Su apellido. Ella siempre había creído que era algo más bien suyo, como una especie de apodo entre ellos. Ahora veía que había sido su forma de marcar distancias, de decirle lo que quería decirle, sin necesidad de una conversación.

Si algo había aprendido de James Detroit ese verano, era que no era propenso a las palabras. De ningún tipo. Se limitaba a comunicarse a base de ínfimas expresiones faciales. Al principio, Augustine no las había notado, pero aprendió algo de ellas con el tiempo. Y en ese momento, mirándola, se veía pálido, una vez más como el chico que fue la noche del baile, tan diferente al hombre que ella estaba acostumbrada a ver en él. Se veía como si deseara desde el fondo de su corazón que Augustine nunca se hubiera cruzado en su camino.

Y Augustine se veía a sí misma reflejada en sus ojos: la chica arruinada que había creído tener su amor, y se había dado cuenta demasiado tarde de que no podía ser dueña de algo que nunca le habían ofrecido.

—¿Qué hice? —no sabía que iba a preguntar eso hasta que la pregunta estuvo allí, en la punta de su lengua, y las palabras salieron de ella, con una honestidad que tal vez no fuera demasiado digna, pero era todo lo que le quedaba—. ¿Qué *no* hice? —preguntó, con el pulso acelerado en los oídos y la garganta hecha jirones—. ¿Por qué ahora? ¿Por qué no antes? ¿Qué *hice*, James?

Si nunca la había querido, ¿por qué era ahora, cuando ella sí lo quería a él, que le pisaba el corazón? ¿Por qué había estado con ella cuando en su corazón, en su cabeza y en su mundo, solo había lugar para Betty? *Su* Betty. Su *irreemplazable* y *única* Betty. ¿Qué tenía *ella*

que Augustine no le podía dar? Betty, que no tenía una puta curva en el cuerpo, que parecía darle vergüenza hasta respirar, que cuando sonreía mostraba demasiadas encías y que se vestía como si ya hubiese cumplido cuarenta años. ¿Cómo podía ser *esa* chica capaz de quitarle el aliento a *él*?

Augustine, una vez más, esperó. Aguardó su respuesta, mirándolo a los ojos, esperando ver la más mínima emoción en el muro gris que había entre el corazón de James y el mundo, pero su respuesta fue la nada misma. Había pasado la sorpresa y quedaba solo el James que había visto por los pasillos de la escuela, meses atrás: distante, silencioso, inexpresivo.

Frente a ella, se erguía otra vez un hombre que jamás había conocido; dos extraños en un mismo lugar, con una historia compartida y ya sin nada que contar.

James se encogió de hombros, dio un talonazo a la puerta para cerrarla a sus espaldas, esquivó a Augustine, como si fuera poco más que un árbol que había crecido por arte de magia en el corredor, y se metió a la cocina con las bolsas.

James no tenía nada que decir.

Augustine, en cambio, tenía un nudo en la garganta y un millar de palabras que se suicidaban a toda velocidad en forma de lágrimas; recorrían el precipicio de sus mejillas y caían en picada a un vacío infinito que eran incapaces de llenar.

Afuera, la primera hoja de otoño se desprendió de un árbol. El viento la sacó a bailar una última pieza antes de dejarla caer.

El verano se le había escurrido entre los dedos.

Todo ese vino, todas esas noches, habían sido apenas un suspiro.

Y ella fue la única que derramó lágrimas, fue la única que perdió, porque si bien él nunca había sido suyo, ella había sido de él y ahora *eso* —esa parte de ella que nunca más le pertenecería— quedaría por siempre en un cuartucho del tamaño de un armario, insignificante, sobre una mesita de luz, al lado de la foto de la chica que mataría por ser.

CORAZÓN 3:
WESLEY

"And I've been meaning to tell you
I think your house is haunted
Your dad is always mad and that must be why
And I think you should come live with
Me and we can be pirates
Then you won't have to cry
Or hide in the closet
And just like a folk song
Our love will be passed on".
seven, Taylor Swift

Existe una añoranza por todo aquello que podría haber sido. El "*y si"* es una fisura muy pequeña, que se abre justo entre lo que verdaderamente fue y lo que nunca será. Generalmente, esa fisura es demasiado pequeña, la pasamos por alto, no le prestamos atención. Pero Wesley se tropezaba una y otra vez y caía de bruces hacia el vacío, hacia esa grieta inmensa en el medio de la historia de su vida, de lo que siempre supo que sería pero de alguna manera le arrancaron de las manos.

La añoranza de Wes iniciaba en su frente y se abría camino por todo su cuerpo, escribiendo el nombre de Betty. Cada vez que se encontraba solo con ella, en las escasas ocasiones que James no estaba allí con ellos, él podía imaginarse cómo hubiera sido todo si él se hubiera quedado en Texas, si nunca hubiera aparecido.

Lo que Wes se imaginaba era que ese primer día de clases, en lugar de que James cruzara la puerta, entraba alguien más y su

presencia no pesaba ni cambiaba nada. Pasaba por la puerta y Betty nunca lo miraba, nunca se sonrojaba, nunca le sonreía con esa timidez tan obvia que le teñía el rostro de rojo. Y tal vez ese año Wes se hubiera sentido listo para invitarla a salir, tal vez se hubiera considerado lo suficientemente maduro como para querer a Betty como se merecía que la quisieran, para tener una relación que no se fuera a caer a pedazos antes de siquiera comenzar. Era lo único que lo había frenado: saber que ella merecía más. Se merecía alguien que supiera quererla, que la conociera como él la conocía pero que tuviera la valentía de ponerlo en palabras, de sentir el amor que una chica como ella podía hacerte sentir y no le tenía miedo.

Habían sido niños. Siempre serían niños allí, en la grieta de la añoranza. Pero en la vida real James sí que cruzó la puerta del aula y desde el primer momento quiso que todos supieran que Betty era *su* persona. Y Wes al principio no lo entendió. En su cabeza no tenía sentido que alguien no supiera que *Betty y Wes* eran algo que tarde o temprano sucedería, que no podía llegar este chico como si nada y meterse en medio. Del otro lado de la grieta, del lado de lo que de verdad sucedió, James había sido igual de niño que ellos dos, igual de inmaduro, igual de poco listo para amarla como se merecía que la amasen. La diferencia fue que James *lo dijo*, se lo hizo saber al mundo entero. Que quería a Betty y que haría lo que fuera necesario para que ella lo quisiera a él. Y más importante aún: James se lo hizo saber a Betty.

Se lo dijo con flores y con gestos y con palabras; insistió e insistió y la invitó a salir y le dejó en claro una y otra vez que la quería.

Wes estaba tan pendiente de que todo fuera perfecto para cuando decidiera amarla, que no se le ocurrió que se lo debería haber dicho a ella. Que más de lo que importaba que el resto del mundo lo supiera, importaba que ella entendiera la inmensidad del futuro que él tenía planeado para los dos.

Tal inmensidad quedó convertida en cicatriz, por siempre parte de su historia, un error que no volvería a cometer. Pero como todas las lecciones que se aprenden demasiado tarde, esta no tuvo vuelta atrás. Vio cómo poco a poco Betty se alejaba de él y se refugiaba en

James. Así fue que supo que la había tenido, que no necesitaba darle nada más para que fuera mutuo, que solo debería haberlo dicho, haber hecho algo al respecto.

No lo hizo.

Betty se enamoró de James.

Por mucho tiempo Wes pensó que era lo justo, lo correcto, porque la vio feliz y pensaba que la gente era feliz cuando encontraba el lugar en el que debería estar. No dijo nada de todo aquello de James que no terminaba de convencerle, porque nunca quiso hablar de él con Betty. Sentía que cuando ella sonreía hablando de él se le retorcía en el pecho algo venenoso que estaba vivo pero olía a muerte. Se limitaba a hablar de cualquier otra cosa y, las pocas veces en las que estaban juntos, se aseguraba de nunca hablar de James. Se aseguraba de que todo fuera como antes, de que se rieran de los mismos chistes y se mirasen a los ojos y el mundo pareciese parar, como si todo aquello fuera a recordarle a Betty que la grieta existía, que ellos *podrían haber sido*. Que tal vez, aún podrían…

Pero Betty no parecía tener grietas ni cicatrices, el nombre de Wes había cambiado de significado pero su mundo no había cambiado por ello. Era algo que simplemente había sucedido, que simplemente se había dado así, que *debía pasar*.

En el verano de 1998, Wes se preguntó si su segundo error había sido no hablar de James, si quizás debería haber indagado antes en la tristeza que emanaba Betty por momentos. Tal vez debería haberse metido antes de que el daño fuera irreversible, antes de que su mejor amiga se enamorase irrevocablemente de alguien con fallas tan evidentes, tan dolorosas, tan desmesuradas.

Ese verano se besaron y Wes entendió que ya era demasiado tarde, que la grieta nunca se ampliaría y ese futuro en el que ellos dos se convertían verdaderamente en *Betty y Wes* nunca existiría. Porque siempre sería James. Y Betty podría olvidarlo si quisiera, pero no era lo que quería. Ella lo quería a él —¿Por amor? ¿Por obstinación? ¿Por obsesión? No lo sabía—, y Wes la conocía lo suficiente como para saber que nunca dejaría de quererlo. Era una enamorada de los finales rosas, del felices para siempre, del primer

amor, de que todos se merecían un gran amor de su vida. Y estaba convencida de que James era el suyo. Si había otra posibilidad, no le interesaría conocerla.

Tal vez porque Wes había esperado, porque se había obligado a crecer, entendía y pensaba hoy que *el gran amor de tu vida* no era más que un mito. O tal vez lo creía porque de existir, Betty sería el suyo y estaría condenado a su amor no correspondido.

Su beso había tenido sabor a cenizas de la grieta, a despedida, a falsas esperanzas.

Quería creer que eso era una señal de que existía otro amor, con besos dulces, con sabor a futuro. Tal vez sería un amor más pequeño, con menos presiones, con menos en juego. Un amor diferente, especial por sus sutilezas y no por su inmensidad. Ni mejor, ni peor, sólo distinto. Quería creer que ese otro amor lo esperaba en algún lugar. Y que cuando lo encontrara, él sería más claro, él sería honesto. No cometería dos veces el mismo error.

CORAZÓN 4:
JAMES

"Those days turned into nights
Slept next to her but
I dreamt of you all summer long".
Betty, Taylor Swift

Había querido decir que lo sentía, pero Ryce lo hubiese malinterpretado. Hubiese creído que James sentía dejarla, o que sentía haberle hecho daño, o que sentía haberle mentido todo este tiempo, y no era así. James sentía haber estado con ella, haberla usado cuando su vida se caía a pedazos, como si cualquiera pudiese hacerlo olvidar. James se lamentaba día y noche por las decisiones que tomó después del baile. Pero no dijo que lo sentía, porque hubiese tenido que explicarle todo aquello y más. Habría sido una pérdida de tiempo, saliva y motivación.

Por eso mismo se limitó a esquivarla, y a meterse en la cocina. Acomodó las compras —pan rallado en la alacena, carne al refrigerador, frutas en la mesada— hasta que escuchó el quejido oxidado de la puerta principal al abrirse, el silencioso chasquido de rendición al cerrarse. En cuanto Ryce se fue, terminó de guardar los lácteos y se dejó caer sobre las baldosas blancas y negras de la cocina, con la espalda contra las alacenas y la respiración tan superficial que creyó que en algún momento entre la entrada de la rubia y su salida, el oxígeno del mundo se había diezmado.

No le alcanzaba para llenar sus pulmones, no le alcanzaba para su cerebro, que parecía estar a punto de explotar. Las ideas le latían

bajo la piel como un caldo hirviente, como un corazón desesperado. Veía, frente a sus ojos, el castaño roto de los ojos de la chica, como una pesadilla pausada en el pico de su horror, para perseguirlo. Eran dos piletones de preguntas acumuladas y sentimientos no correspondidos. El marrón lentamente se oscurecía, las pestañas se alargaban y tenía frente a él los ojos de Betty, desgarrados de dolor, rogando una explicación.

Pero Betty, a diferencia de Augustine, jamás había rogado, jamás había vuelto a él. Ni siquiera había hecho preguntas, y James no sabía por qué le dolía tanto, si había sido lo que él quería, lo mejor. Después del baile no había podido mirarla a los ojos como antes, no sin sentir las palabras apisonadas en la boca de su estómago subir por su garganta, un vómito de honestidad que debía obligarse a tragar. Había estado intentando hacerla a un lado, porque no sabía por cuánto más podría cargar la culpa; pesaba demasiado, lo hundía en la tierra. Se preguntaba si un día despertaría enterrado, rodeado de raíces, con lombrices arrastrándose sobre su piel.

Después de semanas esquivando los besos de Betty, rechazando sus invitaciones e ignorando su presencia, después de semanas de luchar contra sí mismo y su desesperado impulso de buscarla, de explicarle... No debería haberle sorprendido que hubiera conseguido alejarla. No debería haberle dolido tanto, no debería dolerle todavía, casi dos meses después.

No debería haber recibido el mail con sus compañeros de curso, que deberían ser los mismos de siempre, para encontrarse con que Betty no estaba entre ellos. Y, sin embargo, sucedió, y el corazón se le encogió al tamaño insignificante de una arveja. ¿Habría pedido cambiar de curso por su culpa? ¿Había sido intencional? ¿Habría sido para estar con el imbécil de Wes? Su nombre también había desaparecido de la lista. ¿Se habría peleado con alguna amiga? ¿Estaría triste? ¿Enojada? Preguntas. Muchas. Unas sobre otras como un coro de llantos, se alzaron sobre cualquier lógica en su cabeza.

Y debería haberlas callado como hacía siempre, debería haberlas hecho desaparecer, pero en su lugar se había aferrado a ellas, frente

al ruidoso monitor de su computadora de escritorio, y había fantaseado con respuestas.

~

La noche del baile, habían pasado muchas cosas. Más bien habían convergido, colisionado en el peor de los momentos, un último golpe que lo destruyó absolutamente todo.

Una charla, una verdad que no debería ser cierta, un último suspiro, un baile que no le pertenecía y una chica equivocada en la noche perfecta.

~

La charla, podría decirse, había sido la última charla que James había mantenido con Inez, pero no la primera. Inez tenía la tendencia venenosa de acercarse a la gente con su sonrisa, como si fuera a hacerle un favor, y clavarle un puñal. James lo sabía y, aun así, la chica conseguía emboscarlo y dar con el cuchillo justo donde más dolía.

No creía que Inez se hubiese dado cuenta, al menos no hasta el baile, de lo mucho que sus palabras lo afectaban. Día a día, como un veneno lento y efectivo, Inez se acercaba a James con algún pretexto y cada vez terminaban en el mismo tema de conversación.

El día del baile, por la mañana, James había estado buscando a Betty para caminar juntos a clase, pero tuvo la mala suerte de dar antes con Inez.

—¡James! —exclamó con esa sonrisa llena de metal que le daba un aire inocente. Se acopló a su paso, pegándose a él como lo harían dos buenos amigos disfrutando de su mañana.

Intentó ignorarla, pero era difícil. Hablaba demasiado. Demasiado rápido, y agudo y con palabras filosas. James deseaba ahogarla. No tenía idea de cómo Betty hacía para pasar horas con ella. Pero una de las cualidades que más había admirado de ella era esa: su capacidad de siempre encontrar algo bueno en todos, desde la

molesta y engañosa Inez hasta el chico que se había mudado de Texas a un barrio casi tan inestable como él mismo.

—Creo que siempre habían planeado ir al baile juntos. Algo completamente platónico, según ellos, pero para mí no hay nada menos platónico que planear ir al baile de fin de curso juntos, ¿no te parece? No es que importe, ahora que estás tú, Wes casi no pasa tiempo con Betty. La mira mucho, eso sí, pero para tu suerte no hace más que eso. —Inez terminó de embestir con una risita tan fingida que a James le pareció sacada de una película de terror—. Si intentara robártela, te hubieses enterado. Difícil resistirse a un chico como Wes. ¿No le dedicó el punto final que los hizo ganar el campeonato?

El punto con el que Wesley ganó el campeonato fue también el punto de quiebre para James.

Tres meses atrás, Betty había insistido horrores para que fueran los dos a ver a Wes. Quería que fueran todos amigos. Y a James le hubiera encantado eso, pero siempre había tenido la sensación de que Wes no tenía ganas de ser amigo de él y mucho menos *amigo* de ella. Había perdido su oportunidad con Betty, y James podía entender que la quisiera de vuelta, pero no podía permitirlo. No podía tolerar ni siquiera la idea de alguien más con Betty, sólo pensarlo le ponía los pelos de punta. Y Wes era un constante recordatorio de que había un millón de hombres que eran mucho mejores que él y de que en cualquier momento Betty podría darse cuenta.

Así que aceptó ir.

Se dijo que lo hacía para hacerla feliz, que realmente vería todo el partido como una señal de paz. En el fondo, fue porque le aterraba dejarla ir sola y que en la vorágine del momento cayera en la cuenta de que era Wes, de que siempre había sido y siempre sería Wes.

Detestó cada segundo del partido. La musculosa hacía que los brazos de Wes se vieran diez veces más grandes que los de él, su actitud competitiva lo hacía ver más maduro, su calma severa le recordaba a James lo poco apasionado que él mismo era.

No tenía grandes aspiraciones, no quería ser el mejor jugador, no quería ser la estrella en el escenario, no quería ser el mejor promedio. Nada lo llamaba lo suficiente. Excepto Betty. Quería ser el mejor para ella. Mientras sostuviera su mano cuando estaba nerviosa, feliz o angustiada, como lo hizo a lo largo de ese partido, James sería feliz. No necesitaba a nadie más. No necesitaba nada excepto tenerla.

Tal vez por eso, cuando Wes dio vuelta el partido con su último punto y señaló a Betty como si James no estuviera allí, algo en él se rompió. Se desconoció en la oscuridad que lo cegó, que salía de él mismo y cuyos tentáculos tomaron el mundo.

Los festejos voraces de las gradas se apagaron, los jugadores que abrazaban a Wes quedaron en segundo plano, el gimnasio se derrumbó. En ese instante, lo único que James vio fue a Wes apuntando a Betty y a ella saltando de alegría.

—¡Ganamos! ¡Ganó! ¡Oh, dios mío! —a pesar de tenerla al lado, su voz le llegó distorsionada, como si se encontrasen a años luz de distancia.

Al menos hasta que Betty volteó y, tomándolo por las mejillas le estampó un beso que lo devolvió a la realidad, James pensó que sería capaz de matar a un hombre.

~

—¿No le dedicó el punto final que los hizo ganar el campeonato? Sí, estoy segura de que sí. ¡Fue tan tierno! De película, diría yo. Y además…

Todavía escaneando los pasillos en busca de Betty, James pensaba que como Inez no cerrara su bocaza llena de metal, sería también capaz de matar una mujer.

Porque lo que decía hacía que un sudor frío le sacudiera los huesos. James, desde el momento en el que vio a Betty, pensó que era bonita, pero solo cuando la conoció la vio hermosa, y día tras día se había dado cuenta de que Wes la conocía todavía más, con una profundidad con la que él tal vez nunca llegaría a conocerla. Se debería ser absolutamente idiota para conocer a Betty, a sus risas,

sus miedos, su inexplicable amor por los estampados floreados, y no enamorarse. Y por más que a la cara James hubiera llamado a Wes *idiota*, sabía que no era ni un poco así.

Wesley tenía un promedio que James jamás podría hacer más que envidiar y, como si fuera poco, era bueno en deportes, modesto, amable, divertido. Era el tipo de chico que hubiera sido su amigo en Texas. James lo detestaba. Ni siquiera intentaba ser perfecto. Lo habían tocado con la varita mágica. Hasta caminaba como si supiera lo que hacía.

—Cállate, Inez.

Pero era demasiado tarde. Con sus palabras dándole vueltas en la cabeza, cuando al fin divisó a Betty, frente al mismísimo Wes, James se congeló. Inez muy probablemente seguía hablando, no hubiese sabido decir; lo único que escuchaba era el zumbido de su sangre corriendo en sus oídos.

Desde que James se mudó a Nueva York, Inez le había hablado de lo cercanos que eran Betty y Wes. Sí, como hermanos, contestaba James, haciéndose el desentendido de todo la insinuación cruel que había tras sus palabras. La mismísima Betty, a la que le habría confiado su vida, le había dicho una y otra vez que Wes, para ella, no era más que un amigo. Sin embargo, no podía prometer que eso fuera a mantenerse así. Los sentimientos eran un flujo en movimiento y por ende, en constante cambio. Entonces, si Wesley —en quien sí que James no confiaría ni para preguntarle de qué color era el cielo— decidía que quería a Betty como más que una hermana, e intentaba que ella también lo viera como algo más, James la perdería. Sus sentimientos por él se desvanecerían, serían olvidados, reemplazados, y ella no sería suya y él no sería de ella y entonces no estaba seguro de cómo se suponía que debería seguir.

Wes le estaba sonriendo a Betty, ambos parados al lado de sus lockers, y ella le sonreía de vuelta. A James siempre le había encantado su sonrisa. Era muy blanca y parecía un buen presagio. Cuando lo miraba y sonreía así, James se sentía pequeño y a la vez enorme, lo invadía una inconmensurable necesidad de envolverla con los brazos. Y esa vez no fue la excepción.

A las zancadas, se acercó a donde estaban y, sorprendiéndola por la espalda, la rodeó con los brazos, justo antes de que la mano de Wesley pudiera acercarse más de lo debido a ella. James le dio un beso en la mejilla, ella chilló entre risas, y la apretó más contra su cuerpo, deseando poder pegarse para siempre a ella y hacerla reír hasta el cansancio.

Lo que fuese que Wes hubiese estado diciendo se vio interrumpido. No era importante. En cuanto Betty volteó a mirarlo, aún en sus brazos, James casi dejó de sentir que estaba interrumpiendo algo, casi dejó de sentirse como si ya la estuviera perdiendo, casi dejó de escuchar el eco de las palabras de Inez en el fondo de su cabeza.

Casi, pero no fue así.

~

La verdad que no debería ser cierta, existía entre James y Betty. Era su pequeño secreto, ese tipo de cosas que se hablaban por las noches, cuando los sueños se acercaban a la tierra y, si eras imbécil o estabas enamorado, podías creerte capaz de atraparlos.

En efecto, esta verdad que no debería ser cierta, había brotado entre ellos en una de esas noches que extrañamente se les permitía compartir. El padre de Betty creía que ella estaba en lo de una amiga, la casa de James estaba sumida en silencio, había sido primavera, menos de un mes antes del baile, hacía calor, se escuchaban cigarras, y James tenía la cabeza de Betty reposando entre la curva de su brazo y su pecho mientras miraba las manchas de humedad en el cielo raso.

Era perfecto. Tal vez esa verdad que Betty soltó, tan casualmente esa noche, como una mancha de tinta permanente en su inmaculada perfección, fue el momento en el que las cosas empezaron a salirse de control. James jamás había sentido que su vida siguiera reglas, sino que se basaba en una secuencia interminable de tropezones de los que había conseguido y conseguiría levantarse. Pero desde que había llegado a Nueva York, desde que había aparecido Betty, creyó

que los tropezones habían empezado a disminuir. Podía cuidarse, preverlos. Pero lo que dijo ella esa noche, jamás lo vio venir.

—Me gustaría, algún día, tener una familia…
—dudó un segundo, la última palabra casi perdida en el vasto silencio de la habitación—... contigo. —Apenas un susurro contra su piel. Al principio no lo registró, demasiado distraído con el pulgar de Betty, que trazaba espirales sin sentido sobre su pecho.

Trató de que su voz saliera ligera, despreocupada, aunque sabía que esos trucos casi nunca funcionaban con ella.

—Falta mucho para eso, no hace falta hablarlo ahora.

No quiero hablarlo ahora. No puedo.

—Me gusta planear con tiempo, después de todo solo tenemos un futuro, ¿no? —sonaba tan inocente que James temía que, de mirarla, se le fuera a deshacer el corazón en un montoncito de azúcar.

—Claro, pero también solo tenemos un presente. —En ese momento, James no se dio cuenta del peso de aquellas palabras. Las había sacado a la luz como una defensa tensa, un argumento rápido. Nunca había creído que meses después se estaría arrepintiendo por no haber disfrutado ese presente, por haberlo estado arruinando con estimaciones y problemas de un futuro que no había llegado a vivir.

—Sí, claro. —A James no se le pasó por alto la forma en la que su seguridad le falló en ese momento, ante sus excusas. Sin embargo, Betty era cada vez menos como la chica que había conocido dos años atrás y se tragaba las palabras. Cada día que pasaba parecía un poco más… un poco más ella misma. Por lo que incluso estando incómoda y temiendo su respuesta, no dejó de lado sus preguntas. Y James se descubrió con el pecho lleno de orgullo por todo lo que la había visto crecer. ¿Cómo no enamorarse?—. ¿Pero no te gustaría? No digo que lo planeemos, solo me... bueno, me gusta pensarlo.

Dios, su corazón no era lo único reducido a granos de azúcar a esa altura.

¿Gustarle? James jamás se había permitido pensarlo siquiera —ellos dos, en algún otro lugar, lejos de esa gente y esa tierra que

tanto daño le había hecho—, pero en ese momento, cuando lo hizo, le pareció un chiste archivar el sentimiento que se abrió paso entre sus costillas bajo algo tan básico como "gustar". Le encantaba. Todo lo que los implicara a ellos dos juntos, siempre le había dado ese tipo de paz abrumante de la que le costaba horrores desprenderse. Más aún si agregabas pequeñas criaturitas con la sonrisa de Betty correteando, o niños con sus ojos y sus carcajadas. Pero siempre hubo un muro enorme entre esa fantasía y la realidad: la universidad siempre dejaría a Betty de un lado y a él del otro.

Pero ella no lo veía así.

Ese era el gran defecto de Betty: soñaba tan alto y tan grande, que olvidaba que podía caer.

Era difícil no enamorarse de alguien así. Todavía más difícil romperle el corazón. Pero James sabía que era inevitable. Cuando empezaron a salir, cuando empezó a darse cuenta de que quería acercarse a Betty, nunca creyó que los días a su lado pasarían tan rápido, que llegaría a quererla tanto que no serían suficientes, que no le alcanzaría el cuerpo, ni el tiempo, ni la vida, para amarla como era debido.

—Betty, sabes que no vamos a poder. ¿No?

Se lo dijo con tanta suavidad como pudo, dejando que su brazo la rodeara y la atrajera a él, como queriendo compensar con tacto todo lo que en la vida no podría darle. Cometió el error de mirar hacia abajo, a esos ojos bajo el flequillo enmarañado; lo miraban tan preocupados, tan horriblemente cargados de emoción, que James quiso pedirle que nunca cambiara, que siempre fuera así de sincera y real. Deseó, a su vez, que ella fuera un poco más fuerte, para poder él ser un poco más débil. Nunca se había arriesgado a mostrar todas sus cicatrices, todas sus penas, porque nunca había estado seguro de que Betty en ese mundo rosa tan hermoso pudiera tolerarlas. Nunca había estado seguro de querer transgredir ese color y esa alegría que veía en su sonrisa.

—¿Por qué no podríamos? —preguntó.

Él le sonrió.

—Ya sabes por qué. —Ella abrió la boca, para objetar, pero James no se lo permitió. Quería zanjar el tema lo antes posible, seguir

adelante, vivir su presente y olvidar ese futuro tan lejano—. Si yo tuviera dos neuronas más de las que tengo o tu tuvieras dos menos, tal vez podríamos, pero no estaría siendo el caso.

No era lo que él pretendía, pero Betty pareció herida físicamente por aquellas palabras.

—No digas…

—¿Por qué no lo diría? —interrumpió, con un encogimiento de hombros. Le hubiese gustado ponerse a llorar—. Es verdad.

—No lo es —respondió. Se incorporó sobre su codo y posó una mano en su pecho como si eso fuera a hacer que su declaración le llegara a destino, al corazón que había debajo—. Es un estúpido promedio escolar. Que no te vaya bien en matemática no significa que seas idiota.

En los años que llevaban juntos, nunca habían hablado del tema. Al menos no así: con nombre y apellido, verdaderamente poniéndolo sobre la mesa.

—Claro que no. Pero cuando te va mal en matemática, en física, en historia, en química, en economía... es cuestión de unir los puntos, ¿no te parece? —Soltó una risita ligera. Estaba bien. Él lo sabía. No era inteligente, no era talentoso y disfrutaba con cosas pequeñas, con iluminar las obras de teatro de la escuela, con una cena-picnic en el piso al lado de su novia, con el momento en el que pasaban su canción favorita en la radio. Estaba bien con ello y era hora de que Betty también lo estuviera.

—Pero en los exámenes finales te fue excelente, y…

Era cierto. James había sacado tan buenas notas en los exámenes finales que prácticamente todos sus profesores lo habían acusado de copiarse. Había tenido que ir a hablar con la directora, asegurarle que no era así, que Betty, su novia, lo había ayudado a estudiar, que se había esforzado yendo a clases de apoyo después de hora, que merecía el nueve en esa hoja.

—Sabes que sin ti probablemente no lo hubiese logrado. Y sabes, —Depositó un beso sobre el nacimiento de su pelo, embriagándose con su aroma antes de seguir hablando—, que te lo agradezco. Pero no puedo depender de ti toda la vida. Tal vez el próximo año pueda, pero, ¿cuando vayamos a la universidad y estudiemos carreras

diferentes, tal vez en *Estados* diferentes? No podrías gastar tu tiempo explicándome mil veces las cosas, yo no podría pedirte que lo hicieras.

—No me importaría…

—Eso dices ahora. Pero no podemos prometer nada que no nos pertenezca en este mismo instante, y lo que sea que vayas a sentir dentro de un año, cuando al fin terminemos con este infierno de escuela, no es lo que sientes ahora. Así que no prometas nada, está bien.

—No. —Los ojos de Betty empezaban a llenarse de lágrimas. James no estaba seguro de cómo mantendría la compostura si una sola de ellas se derramaba—. No está bien. No está bien que pienses así de ti ni que me digas qué sentir o hacer porque no te tienes ni un poco de fe. No está bien, James.

La rodeó con sus brazos y susurró una disculpa con su nariz enterrada en su cuello y una mano detrás de su cabeza.

—No quiero darte falsas esperanzas. No valdría la pena que desperdiciaras tu potencial por mí. Te lo dije: no voy a ingresar a ninguna universidad.

—Pensé… —La primera lágrima cayendo la interrumpió—... pensé que habrías cambiado de idea después de…

—Está bien, ya sé.

—Que digas que está bien no significa que sea cierto —espetó ella, más frustrada que enojada—. Y que digas que eres idiota no significa que lo seas. Eres el único que lo cree, James. El único. Y si no piensas dejar esta ciudad, si piensas encadenarte a esta vida para siempre, pues entonces estudiaré cerca, me haré tiempo para seguir viéndote y no pararé hasta que te des cuenta de lo que te estás perdiendo.

Él no volvió a decir que estaba bien. Porque claramente no lo estaba.

James no quería ser el ancla oxidada que no la dejaba avanzar, ni el hombre ciego que la seguiría a otra ciudad para después perderla. Pero esos eran problemas del futuro, que decidió que no deberían pesarle, que no merecían de su tiempo en ese momento.

Sin embargo, se quedó pensando en lo último que había dicho Betty.

Me haré tiempo para seguir viéndote y no pararé hasta que te des cuenta de lo que te estás perdiendo.

Era verdad. Betty no mentía. Esa era otra de sus grandes virtudes, de sus grandes defectos. Betty se quedaría por él y esa era la verdad que no debería ser cierta. Que lo amaba lo suficiente como para dejarlo todo, que lo amaba tanto que cuando se diera cuenta de que no valía la pena, sería demasiado tarde.

CORAZÓN 5:
INEZ

"The devil's in the details".
Peace, Taylor Swift

Cada vez que veía una estrella fugaz, cada vez que soplaba las velas en su cumpleaños o comenzaba un nuevo año, pedía el mismo deseo: Inez quería ser alguien. Estaba convencida de que era especial y tarde o temprano todos lo sabrían. Había nacido con la idea de que tenía más derechos que el resto del mundo. Más derecho a ser notada, amada y querida. Más derecho a ser el centro del universo.

Y si bien estaba segura de que eventualmente pasaría, no desperdiciaba la oportunidad de pedir que llegara ese momento.

No había sido nunca especialmente buena para nada. No cantaba ni bailaba, no era demasiado inteligente, no sobresalía en ningún deporte, pero no creía necesitar nada de eso para ser *alguien*. Tenía algo mucho más importante codificado en su ADN, algo que a ella misma le costaba entender y explicar.

Practicaba entrevistas en su habitación para cuando fuera alguien y la invitaran a dar charlas por todo el país, cuando hiciera giras y los medios se mataran entre ellos por tenerla. Se aseguraba de siempre abarcar los temas más importantes, o al menos los que a sus diecisiete años pensaba que eran los temas más importantes. La música, la guerra, la paz mundial, la muerte de tal o cual artista, el gobierno, las elecciones, el vegetarianismo… pero tenía un par de

preguntas que prefería sobre otras. Para estas, tenía respuestas claras y practicadas. Siempre que podía, metía sus pensamientos sobre ellas en cualquier conversación, indiscriminadamente de que su comentario aportase o no al tema de discusión.

¿Qué es el amor?

Un sentimiento que como todos los otros no puede evitarse, respondería Inez, pero que rebajaba un poco la capacidad del humano. Amar es dar y para dar debes dejarte de lado. Ella consideraba que eso le sería imposible, que estaba por sobre algo tan poco lógico como el amor. Todos ríen por amor, pero todos lloran por él, la sensación de enamorarse se suele comparar con retortijones de estómago y corazones acelerados, con palmas sudorosas e incomodidad. Inez sostenía que si quisiera cualquiera de esas cosas se podía inyectar heroína. Entre la adicción a otra persona y la adicción a una sustancia, prefería depender de algo que pudiera conseguir. También, ambas eran perfectamente capaces de arruinarle la vida.

Eso respondería. Sí, tal cual. No sabía si era cierto, pero había visto entrevistas de estrellas de rock diciéndolo y estaba convencida de coincidir porque, si tuviera que identificarse con alguna de todas las personas del mundo que son *alguien*, sería con las estrellas de rock. De todas formas, tampoco sabía mucho sobre la heroína, ni sobre el amor. Inez había vivido poco por mano propia, casi toda su *expertise* provenía de experiencias ajenas.

¿Qué pensaba de la amistad?

Muy necesaria, era lo que la mantenía a flote día a día.

Inez no tenía idea de lo que era tener verdaderos amigos. Tenía personas que la ayudaban a recordarse lo espectacular que era, personas que la buscaban para saber cosas que solo ella sabía porque otras personas la buscaban para contarle cosas que solo ella debería saber. Indiferentemente, lo que sabía Inez terminaba sabiéndolo todo el mundo, entonces perdía valor e Inez debía salir corriendo a buscar algo nuevo que saber.

Pero en sus entrevistas, en su habitación, respondía que la amistad era muy necesaria. También hablaba de la vez en la que tuvo que ayudar a una amiga a darse cuenta de que su novio le era

infiel, de lo difícil que había sido para ella tomar esa decisión, hablarlo… *Me atrevo a decir, que fue más difícil para mí darle la noticia que para ella recibirla*, decía siempre.

En sus entrevistas nunca comentó que esta chica había sido lo más parecido a una amiga de verdad que había tenido. No decía que nunca la había visto tan triste como cuando se lo contó y que luego nadie supo de ella por semanas. Inez no sabía ninguna de estas cosas. No sabía que todos hablaban mal de ella a sus espaldas, ni que Betty era la excepción a la regla; menos aún que sus noticias la habían destruido de la forma en que lo hicieron.

—Todos le habíamos dicho que así sería, que ese novio suyo no traería más que problemas, pero tampoco le importó. ¿Ves lo que digo del amor? A esto me refiero: todos sabíamos lo que pasaría, porque siempre sabemos lo que pasará, pero no nos importan las advertencias. Perdemos la capacidad de pensar, ¡nos volvemos animales! —esto último también lo había sacado de una entrevista de un tipo que tocaba en una banda de metal cuyo nombre nunca recordaba.

—¿Por qué dirías eso? —preguntaría el entrevistador.

—No sé si me corresponde contarlo… —era una de las frases favoritas de Inez. La usaba siempre que podía, tanto en sus entrevistas como en la vida real.

—¡Por favor! No nos dejes con la intriga.

—Bueno, bueno, es que… al final no le importó, ¿sabes? Él la engañó y nosotras, sus amigas, fuimos las que juntamos las lágrimas —ni ella ni ninguna de las amigas de Betty estuvieron para ella durante su duelo—, pero al final del día…

—¿Qué? ¿Qué pasó?

—Lo que siempre sucede, nos gana la idea que tenemos. Nos destruye nuestro propio cuento de hadas.

Eso también era algo que no estaba segura de entender, pero tenía algo de razón: muchas veces, gana la idea que tenemos del amor.

~

Inez no tenía nada especial en su ADN, solo una capacidad particular para la manipulación, que nunca la llevaría lo suficientemente lejos. Todas sus entrevistas quedarían en su cabeza, siempre respondería con palabras que otros dijeron, siempre hablaría de cosas que pasaban a otros, siempre criticaría la debilidad de todos frente a su supuesta fortaleza. Nunca tendría algo para decir de sí misma, nunca viviría su propia historia, nunca sería *alguien* porque estaría siempre ocupada construyendo sobre su propia ficción, lejos de la realidad. Porque la realidad era solitaria, y su casa era un laberinto de pasillos vacíos, de ecos que respondían a sus pisadas y un infinito de silencios perpetuos.

CORAZÓN 4:
JAMES

"The worst thing that I ever did
Was what I did to you".
Betty, Taylor Swift

Un último suspiro.

James no sabía cuál, específicamente, había sido el último. Pero en algún momento entre las siete de la mañana del viernes del baile, a las siete de la tarde, Peter Detroit había otorgado al mundo su último suspiro.

James llegó a casa después de alquilar unos zapatos elegantes y comprar un ramillete para Betty. Había dudado al elegirlo y agradeció que los inútiles de los amigos de Betty no hubiesen estado allí para verlo entrar en crisis durante casi quince minutos completos sobre qué puta flor le gustaría más. No sabía el color de su vestido —se había negado completamente a decirle— ni si Betty tenía una flor favorita. Tal vez se lo había dicho alguna vez y él ni se había dado cuenta.

Así que finalmente entró a casa, con un ramillete pequeño de flores lilas y blancas, su caja de zapatos y mirando el ticket en su mano, pensando en que debería ver de encontrar alguna changa extra para poder pagar esos lujos extras.

Pero sus pensamientos frenaron, de golpe, cuando lo olió.

Si alguna vez olieron la muerte antes de verla, sabrán que es de esas cosas que no se comprenden. Si nunca oliste un cadáver —para empezar, cuánta buena suerte—, lo más probable es que no

entiendas qué es. El olor a muerte es dulce, es pegajoso y corrupto; se mete en todas partes, se impregna en absolutamente todo, sabes que es malo incluso sin saber por qué.

De las manos de James cayeron el ramillete, la caja de zapatos y el ticket. Sus piernas salieron disparadas a la habitación principal. Abrió la puerta. Las paredes blancas, la cama deshecha, el lugar vacío. Un latido, dos latidos, tres, cuatro y cinco latidos le martillaron las costillas antes de darse cuenta de que el olor no venía de allí. Volvió sobre sus pasos. Ya iba más de trescientos latidos en el corto período de dos minutos. Había perdido la cuenta. Temía que fuera a fallarle el corazón. Un pensamiento premonitorio que no supo leer. Se daría cuenta demasiado tarde de aquella ironía. Se abrió paso a la cocina, sus piernas de repente pesaban lo suficiente como para desear rendirse. Pasó de la cocina al patio y el olor aumentó. Se volvió tan asquerosamente fuerte que por poco devolvió su almuerzo allí mismo. De haber comido, no hubiera habido forma de retenerlo.

Abrió la puerta temblando. De golpe su corazón dejó de correr. ¿Estaría teniendo un paro? ¿Estaría muriendo allí mismo? ¿Sería un sueño? *No*. Una pesadilla.

Frente a él, en una reposera de tamaño ridículamente pequeño para su inmenso cuerpo, Peter Detroit parecía dormir.

Estaba de espaldas a James. En el piso, bajo una mano que caía lánguida, había una lata de cerveza, su contenido a medias debía haberse evaporado hacía horas por el calor. Había dos moscas revoloteando a su alrededor, una tercera parada en su brazo. El cadáver había pasado horas al sol y su piel estaba chamuscada. Se olía en el aire, mezclado con el hedor a podredumbre, un deje de protector solar y James casi rió al imaginarse a su padre cuidándose la piel sin saber que iba a morir esa misma tarde.

Indeciso, temeroso y por primera vez sin idea de qué hacer, tan hastiado por el olor y la imagen ante él, James solo se dio cuenta de la gravedad de la situación al ver sus ojos, grises como los suyos propios, mirando al cielo, abiertos de par en par.

Papá está muerto. La palabra hizo eco. *Muerto*. Sin futuro. Sin siquiera un presente. Nada. Muerto. *Muerto* era de los pocos estados

que no tenían vuelta atrás. James no podía hacer nada para remediarlo, no podía levantarse de aquel tropezón.

Peter Detroit había sido diagnosticado con obesidad y medicado por ansiedad hacía tres años, mientras los jueces del divorcio iban y venían, mientras la madre de James empezaba a desaparecer de sus vidas, llevándose prendas, muebles, vajilla… se quedó la casa entera. Peter Detroit le había dicho claramente que podía llevársela, que todo lo que quería era suyo, pero que James se quedaba con él. Mala idea. No debes decir eso frente a un testigo. Se puede usar en tu contra.

Así fue que su madre se quedó con absolutamente *todo* salvo por su hijo y, un año después, ellos decidieron empezar —James, enojado y confundido, su padre diciendo una y otra vez que era para mejor— su nueva vida en la gran ciudad.

Cuando fueron del aeropuerto a su nueva casa, Peter le puso una mano en el hombro a su hijo y lo miró a los ojos. Por ese entonces, solía ver en sus rasgos adolescentes al hombre en el que se estaba convirtiendo, pero en ese momento sólo vio al niño frágil que fue la primera vez que lo sostuvo en brazos. Lo había sostenido con tanto cuidado como pudo, lo arrulló con los ojos llenos de lágrimas y sintió que por primera vez en su vida tenía una misión: darle la mejor vida que pudiera a esa criatura.

A James le costó sostenerle la mirada a su padre. Acababa de dejar atrás su ciudad, sus amigos y una madre arpía que siempre había dicho amarlo y sin embargo lo había dejado ir ante el primer avistamiento de una salida fácil. Y frente a él estaba su padre: este hombre que lo había dado todo por él, incluso cuando ya no tenía más que dar. Cuando habló, lo escuchó con atención.

—Tu madre va a ver que no soy ningún inútil. Vamos a ser felices aquí, tú y yo, y ella va a pudrirse en Texas con su dinero, su título y toda la soledad que se quedó.

James le creyó.

Jamás preguntó qué había pasado entre sus padres. No le importaba. Solo sabía que uno se había quedado y la otra no. Además son esas cosas que de alguna manera los hijos siempre saben. Sus padres habían sido de mundos diferentes: ella tan

Harvard, premios, estudios de abogacía y juicios televisados; él tan forjado a la antigua, hijo de granjeros, secundaria terminada por los pelos, electricista sin título, ingenioso para encontrar ventanas entrecerradas por la que escaparse de una vida que no paraba de cerrarle las puertas. Peter hizo la instalación eléctrica de Grand & Schutzer, y Tiana salió furiosa de la sala de asistentes legales donde estaba haciendo su primer pasantía. Pretendía quejarse del ruido que no la dejaba pensar, mucho menos revisar los contratos que tenía en frente, pero se olvidó de eso cuando Peter, arrodillado frente a un agujero lleno de cables en la pared, volteó a verla. Tenía los mismos ojos grises que su hijo heredaría y era tan guapo que a Tiana se le olvidó que era una mujer realista. Lo recordaría años más tarde, cuando ya tuviera un anillo que la anclaba a él, cuando Peter engordara y ya le avergonzase llevarlo a sus elegantes eventos de la alta sociedad, cuando su esposo electricista se sintiera menos como descubrir un nuevo mundo que la había intrigado a los veinte y más como rebajarse, cuando el que la hiciera reír no compensara la desigualdad de ganancias a fin de mes.

James siempre vio en su padre un hombre perdido, pero no por ello menos admirable. Incluso caminando a tientas en la oscuridad, Peter siempre avanzó, siempre lo llevó de la mano y siempre fue padre.

Trabajó en el mostrador de una ferretería local durante horas y horas para traer comida a la mesa, para que James pudiese estudiar, para ayudarlo a alquilar zapatos brillantes y comprarle flores a su novia. Su padre consiguió lugares para dormir en lo de amigos y compañeros de trabajo cuando James le rogaba que le dejase la casa para él y Betty. Todo eso lo había hecho Peter Detroit, y Peter Detroit ya no era nadie.

Peter Detroit había muerto.

Y James, lo único que quedaba como recuerdo de que ese hombre había pisado el mundo, no pudo evitar arder de rabia. Cada célula de su cuerpo ardía porque lo supo incluso antes de que el médico se lo confirmara: Peter Detroit, que había asegurado estar controlando su obesidad, la cantidad de calorías que ingería, no había bajado un solo kilo en los últimos meses y había muerto de la

forma más patética posible, solo, con una cerveza en mano en el jardín.

James deseó no haber sido tan ingenuo.

Su padre había sido el inútil que su madre había creído y murió como tal. Había sido el inútil que James más había amado en su vida, había sido lo único que James había dado por hecho, como si fuese invencible, y, sin embargo, se lo habían arrebatado.

Peter Detroit había dejado ir su último aliento y James se había quedado con un ramillete, una caja de zapatos que debería devolver y un ticket.

~

El baile que no le pertenecía tal vez no hubiese dolido tanto de no haber tenido las palabras de Inez grabadas a fuego en la memoria.

Si intentara robártela, te hubieses enterado.

Difícil resistirse a un chico como Wes.

El baile que no le pertenecía no se hubiese sentido como garras abriéndole la piel, chasqueando huesos y reventando tendones, si James no hubiese dedicado las últimas dos horas de su vida a averiguar qué hacer con los restos de Peter Detroit. A los diecisiete años, nadie le había enseñado qué hacer con un cadáver, por lo que había tenido que conformarse con la explicación monótona que el recepcionista de la morgue le dio desde el otro lado del teléfono. Sus manos temblaron a lo largo de toda la conversación.

De todas formas, daba igual. Al fin y al cabo, estipular sobre por qué algo tan estúpido como un baile había dolido tanto, tenía poco sentido. El punto era que incluso después de haber sido incapaz de llorar una sola lágrima en toda esa tarde atroz, James se había presentado al baile de fin de curso con un montón de flores lilas, los zapatos lustrados y su mejor sonrisa a medio atar en el rostro, para encontrar a su novia bailando con alguien más.

Tenía lógica. Le había prometido a Betty que pasaría a buscarla, que cenarían juntos y partirían camino al baile. Pero todas esas promesas se habían evaporado. El mundo entero se había convertido en bruma y niebla esa tarde y James quedó solo con Peter Detroit y

su patética muerte. Desde el momento en el que lo encontró, fue incapaz de pensar en nada más.

El mundo se volvió blanco, el cielo se tiñó de gris y la noche pareció extenderse al infinito. Y luego, entre un parpadeo y el siguiente, habían pasado dos horas, la caja de zapatos en sus manos había sido reemplazada por una urna y James recordó que tenía una novia que lo esperaba, un baile al que asistir, una mentira que vivir.

Excepto porque Betty no había esperado.

Cuando pasó por su casa, horas después de lo acordado, Wendy, la menor de las hermanas Arai, abrió la puerta de un tirón. La luz amarillenta del pasillo lo recibió sin piedad, enceguеciéndolo. Para cuando consiguió volver a hacer foco, vio su pequeño rostro —el mismo que hacía menos de dos días había reído y jugado a las escondidas con él— devolviéndole la mirada con los ojos entrecerrados y acusadores.

—Ya se fue —confirmó, su voz demasiado aguda e inocente para la dureza y el enojo que desplegaba.

Acto seguido, le cerró la puerta en la cara. Estuvo a menos de un centímetro de partirle la nariz.

Después de eso, todo volvió a ser niebla. Otra vez se encontraba en ese lapsus de tiempo y emoción en el cual todo era tan lejano como agotador, los gritos de sus penas ahogados por un denso telón de terciopelo. El suspiro, la charla y la verdad reclamaban su atención, que hiciera *algo* al respecto. Pero su cerebro, tironeado en tantas direcciones diferentes, solo podía pensar en Betty. No tenía planeado qué decirle ni qué haría. Solo quería verla. Ella haría todo mejor. Ella sabría qué hacer. Y si no sabía, no importaba. Ella lo abrazaría. Ella entendería. Ella le recordaría que seguía vivo.

Su cabeza iba a estallar. Recuerdos de ojos vacíos, de futuros que no tendría, de sonrisas que perdería, entrelazándose una y otra vez para formar la soga que terminaría ahorcándolo. Cuando quiso darse cuenta de dónde estaba, se encontró en la puerta del gimnasio escolar. Dos chicos que habían estado haciendo de todo menos charlar lo miraban desde una esquina como si estuviera loco, y debía parecerlo, pero poco y nada le importó.

Se escuchaba respirar, cada vez más rápido, más fuerte y se concentró en ello. Se convirtió en un globo terráqueo, con su cabeza llena de oxígeno volando lejos de la tierra, lejísimos. Se recordaba que mientras respirase estaría vivo. Y necesitaba recordarlo; en algún momento, la muerte de su padre se había entrelazado con la suya propia. ¿En qué mundo tendría sentido que la vida de Peter Detroit terminase cuando recién volvía a empezar?

Necesitaba a Betty. La necesitaba como nunca había necesitado a nadie. La necesitaba porque necesitaba a su padre y su padre ya no estaba.

Betty. Era lo único que escuchaba; un nombre repetido sobre la vibración de la música que venía desde dentro. James conocía esa canción. *Betty. Betty. Betty*. En ese momento no era el adolescente rebelde, no era el hombre en el que se había estado convirtiendo, era el niño que todos los niños fueron alguna vez. Llamaba a gritos a mamá, lloraba por papá, se desgarraba la garganta en busca de consuelo.

Sin embargo no emitió sonido. Siguió corriendo, y entró a ese gimnasio lleno a más no poder, decorado en tonalidades de cremas y dorados, las gradas empujadas contra las paredes para hacerles lugar, telas brillantes colgaban del techo dando la ilusión de que se erguía sobre ellos una carpa. Sedas de colores, alumnos de traje, rostros familiares convertidos en borrones se le subieron a la cabeza, la volvieron aún más ligera. Por poco, paralizado en medio de todo aquel caos, perdió el equilibrio.

Y justo frente a él, en el lado opuesto del gimnasio y con ese mar de colores entre ellos, estaba lo único que necesitaba.

El corazón se le cayó al suelo. Hizo un ruido viscoso; seguía latiendo, seguía sangrando, entre toda esa mugre. Entre toda esa desilusión.

Betty, nada más y nada menos, que en brazos de Wes.

James conocía la canción. Era la favorita de Betty. La semana anterior la había estado cantando en la cocina mientras preparaban un almuerzo para ellos dos y Peter. James sabía la letra perfectamente. Se la había aprendido de tanto escucharla en los labios de ella. La habían puesto por las noches, porque Betty decía

que una buena canción podía hacer absolutamente cualquier cosa un poco mejor.

Entonces, ¿por qué era *esa* la música que acompañaba su pesadilla? No era mejor. Ni un poco ni nada. Era horrible, era atronador, era todo lo que él jamás había querido ver, justo ante sus ojos.

Ella con las manos detrás del cuello de él y las de Wes en la pequeña cintura de su vestido, mientras las de James quedaban vacías, sus dedos abriéndose y cerrándose, buscando algo, lo que fuera, de lo que asirse. El ramillete se le había caído. *Él* iba a caerse. No quería caer. No quería nada de lo que le estaba sucediendo.

Solo quería a Betty. Y la quería *tanto…*

El nudo en su garganta se ajustó. Se estaba ahogando, le estaban sacando el aire en ese mismísimo lugar, en la noche que debería haber sido suya, y sin embargo les pertenecía a todos menos a él. A él, el mundo, solo le quería sacar. Tomaba y tomaba y tomaba y James no estaba seguro de cuánto más podía seguir sin recibir. Cuando vio la sonrisa de Betty, quiso gritar que no podían llevarse eso también. No a ella. No ahora.

Se suponía que tenía más tiempo.

Pero, viéndola en ese momento... ¿Realmente *merecía* ese tiempo? ¿Qué más podía ofrecerle a Betty? Nada. James no tenía nada que ofrecer. Le había dado todo y lo poco que se había guardado para sí mismo se lo habían arrancado a manotazos.

En cambio, Wesley, por mucho que James lo odiara, lo tenía todo, y podía dárselo a ella. Con sus calificaciones y su actitud de chico bueno y los miles de amigos que tenían en común, no parecía haber mejores manos para dejar a Betty. Tal vez James debería hacerse a un lado, dejar que sucediera, irse mientras pudiera.

Ni siquiera podía decirse que sería una salida digna. No había nada digno en perderla a ella, en terminar de convertirse en su padre: un cadáver incluso antes de muerto, dejándose hacer, aceptando los términos que le imponían, viviendo la vida un día a la vez, sin ninguna aspiración excepto porque James podía ser *más*. Pero James nunca sería más que su padre. Ni siquiera podía igualarlo: no podía ser tan amable como Peter había sido, ni tan

gracioso, ni tan trabajador, ni tan desinteresado. James sabía que nadie lo describiría nunca con esas palabras, así como no lo describirían con las palabras que habían usado para su madre: inteligente, veloz, especial. James había nacido como la encarnación de todo aquello que había roto a sus padres. Lo peor de cada uno de ellos era lo mejor que él tenía para ofrecer.

Alguien pasó y le ofreció una cerveza. No debería haber habido alcohol en un baile escolar, pero James no hizo preguntas. Era la misma marca de cerveza que había encontrado esa tarde en el patio junto a Peter Detroit. La llevó a sus labios y se la bajó de un trago, sin apartar los ojos de Betty, de lo lindo que le quedaba su vestido verde menta, del pelo negro y lacio, arreglado para lucir el lado rapado y el flequillo prolijo cayéndole sobre los ojos.

Una cerveza. Dos. Un chico se le había puesto a hablar. Otro se sumó. Nunca cruzó el umbral, no se acercó a Betty y no comprendió una sola de las conversaciones que se dieron a su alrededor. Personas vinieron y personas fueron y cuando las botellas y los tragos disimulados en petacas dejaron de llegar y estuvo convencido de que era lo suficientemente liviano para volar, se dio la vuelta y se marchó.

Así fue que se dio cuenta de que ese baile no le pertenecía. No era su lugar, no era su gente, y pronto no sería su chica la que bailaba en el otro lado del gimnasio. Se había rodeado de ellos por demasiado tiempo, ya era tiempo de dejarlo ir.

Cruzó la puerta sin saber si ellos no le pertenecían o si era él quien no pertenecía allí.

Siempre había querido ser como su padre.

Su mundo había sido su padre, era todo lo que tenía, lo único que se suponía que tendría para siempre. Y perderlo fue perderse a sí mismo. Había sido solo un niño y en la muerte de su padre vio la muerte de todos sus sueños, vio sus peores pesadillas cobrar vida. Sintió esa muerte como propia porque siempre le habían dicho lo mucho que se parecían. Y James nunca había querido nada excepto ser Peter Detroit, pero no la versión de ese hombre que murió de angustia y negligencia en un jardín reseco por el calor agobiante del

verano, si no el hombre que sabía que hubiera sido de haber salido adelante.

Y tuvo miedo. Un miedo que lo golpeó y lo arrastró contra la arena sucia y llena de vidrios, le llenó la boca de agua salada, podrida. Pensó que Peter Detroit no tuvo el tiempo para convertirse en la persona que quería ser, de cumplir con sus promesas, de llegar a ser alguien que estuviera orgulloso cuando llamasen su nombre. James concluyó casi como una certeza asegurada que él mismo tampoco sería nunca el hombre que sabía que podía ser, que nunca superaría la rabia que llevaba dentro, que lo consumirían el odio y los celos y la envidia y lo sabía, lo supo en ese momento con tanta seguridad, con tanto saber…

¿Cómo no iba a verlo ella? Betty, que lo conocía tan bien, que lo había amado de la forma más inocente… Si ella hubiera sabido lo patética que fue la muerte de Peter Detroit, hubiera visto también lo patética que sería su vida con James. Y no pudo tolerar esa idea.

En ese momento no entendió de donde vino su silencio, por qué incluso después de la noche del baile nunca le dijo a Betty lo que sucedió, por qué no pudo conjurar las palabras, por qué lo enterró tan adentro, tan profundo, por qué dejó que se le pudriera adentro.

Tardaría muchos años en caer en la cuenta de que, cuando se dijo que no quería preocuparla a ella, que no era tan grave, que no quería ser un problema, sólo estaba construyendo muros de orgullo para distanciarse de todo ese dolor.

No pensó que esos muros se alzarían también entre las personas que quería. No pensó que entre tantas paredes perdería de vista a la única persona que le quedaba, que se perdería a sí mismo en un laberinto hecho con sus propias manos.

~

En 1998, James caminaba de vuelta a su casa, pensando en la chica que pronto no sería suya, cuando apareció la chica equivocada.

No sabía cuánto tiempo llevaba deambulando sin rumbo, las calles borrosas, la lata vacía chocando rítmicamente contra la punta de su estúpido zapato. E incluso en ese momento, cuando quería por

sobre todo convencerse de que era lo correcto, su cerebro saltaba con ocurrencias egoístas y excusas para quedarse.

Se dijo que Betty merecía a alguien más, alguien con quien pudiera caminar y no un peso que tuviera que arrastrar, y también se dijo que tal vez podía esconderle todo, fingir ser lo que ella necesitaba hasta que ninguno de los dos pudiera más.

Su memoria seguía volviendo una y otra vez a la sonrisa que Betty le había dedicado a Wes en la pista de baile. Desde el otro lado del gimnasio, James había sentido el impacto de esa imagen como una bala abriéndole la piel. Se sintió sangrar y se sorprendió de que nadie más lo viera.

Las heridas de este calibre deben ser tratadas con inmediatez. Han de extraerse las balas, ha de limpiarse y suturarse debidamente. Caso contrario, se infecta la herida y la piel se cierra sobre la podredumbre, dándole vía libre para tomarlo absolutamente todo.

Pero James no era ni médico ni enfermero y nadie le había enseñado a cuidarse de sus propias ideas. En lugar de hablarlo, en lugar de extraer el sentimiento, de limpiar los malos entendidos, de arrancar los miedos de raíz, James metió el dedo en el agujero, removió la bala y la enterró aún más.

Betty lo había reemplazado en un instante, sin dudarlo siquiera. Una parte de él quería gritarse al espejo; ver la cara de ese chico que tan fácil había resultado olvidar. La otra parte quería tomar a Betty por los hombros y sacudirla, preguntarle por qué no lo había buscado, por qué se había rendido tan fácil, por qué no podía salir un segundo de su maldito mundo rosa, por qué cuando él más la necesitó ella le hizo tanto daño.

Más que el alcohol irritando sus venas o los cigarrillos que se habían consumido en sus labios, su mareo y confusión parecían provenir de esa contrariedad de sentimientos —odio y desamor, rendición y hambre de lucha, pérdida y encuentro, indignación y comprensión— colisionando en su pecho.

Esa mañana se había levantado creyéndose tan afortunado como para ganar la lotería, y ni veinticuatro horas habían pasado antes de

agradecer no haber apostado. Lo único que le faltaba era perder los ahorros de su padre.

Siguió caminando, el silencio se lo tragó. Pensaba en todo y en nada y caminaba. Un pie delante del otro. Izquierda, derecha, izquierda, derecha. Estaba solo, y un segundo después, una voz se coló entre la oscuridad, lo devolvió al mundo de los vivos.

La miró.

Era una chica. Manejaba un auto celeste, viejo pero cuidado. Era bonita. Ella. El auto no. Era muy bonita. El pelo rubio, largo, ondulado, los ojos oscuros, marrones. La había visto antes. Le sonaba la cara, pero tardó mucho más de la cuenta en entender de dónde. La chica de las clases de refuerzo para idiotas. Sonreía como si el mundo le obedeciera. Betty sonreía como si el mundo fuera algo hermoso que valía la pena detenerse a observar. La chica dijo algo. No entendió qué. Siguió caminando.

Pero era imposible decirle que no a una chica que tenía el mundo a sus pies. En especial cuando a pesar de no entender lo que dicen sus labios, sus ojos saben lo que quieren y tú no sabes nada. Te sientes tan tonto, tan solo, tan poco merecedor, tan violado por la vida, por la muerte… Sólo quieres olvidar. Olvidar que el día siguiente sería muy diferente a todos los anteriores, que todo habría cambiado para siempre y él debería afrontar ese abismo y saltar.

—James, entra al auto —dijo la chica equivocada.

Y James saltó.

~

A partir de ese momento, todo fue un espiral en descenso, un ascensor en caída libre, un tren fuera de sus vías.

Por la mañana se encontró a sí mismo desnudo, envuelto por un perfume extraño, con un cuerpo suave contra el suyo; el calor que emanaba era desconocido, vibraba de una forma casi ansiosa contra su piel. Su cabeza estallaba. Cada centímetro que se movía replicaba en un millar de fuegos artificiales partiéndole las neuronas, reverberando en su cráneo. Pero la chica sobre él era todo lo

contrario. Era toques suaves, seguridad, agilidad y se preguntó cuándo Betty había empezado a comportarse así.

No estaba seguro de qué fue lo que quiso decir, pero el murmullo empezó con el nombre de Betty en sus labios y murió enseguida con otro par de labios que lo sofocaron, el movimiento de una pierna pasando sobre su torso para quedar sobre él. El sol entraba por la ventana, ardía y amenazaba con matarlo. Abrir los ojos fue todo un desafío. Entender lo que le mostraban, uno incluso mayor.

Una chica.

Sobre él.

No era Betty.

No besaba ni olía ni se sentía como Betty.

No tenía idea de quién era.

Pero verla no se sintió mal cuando sus ojos almendrados se cerraron y acercó sus labios a su cuello. Se sintió sencillo. Lo fue. Fue sencillo tomar sus caderas y dejarla hacer lo que quisiera, fue fácil voltearla, quedar sobre ella y decidir que quería más.

Lo que no fue fácil, fue todo lo que vino después.

~

No invitó a nadie al funeral.

James no sabía cómo explicarle a todas esas personas que habían amado a su padre que Peter Detroit nunca volvería a sonreír. Él mismo no terminaba de entenderlo.

Así que sabía que si no asistía, no habría nadie para despedir a su padre, para llorarlo como se merecía que lo llorasen y traer la urna a casa. Así que mientras Ryce se duchaba, James se dijo que iría. Se puso el mismo *smoking* que había usado la noche anterior, se arregló el pelo todavía húmedo y al verse al espejo se sintió tan ridículo que terminó arrancándose todo. Se quedó tan desnudo como había estado segundos antes y se preguntó cómo podía ser que no viéramos lo ridículo que era vivir en un mundo en el que para un funeral y para una fiesta puedes ponerte exactamente lo mismo.

Se sintió más solo de lo que se había sentido en toda su vida.

~

Lo que sí le llevó tiempo fue darse cuenta de lo que había hecho, aún más procesarlo. Le llevó tiempo sacarse de encima la borrachera y mucho, mucho tiempo recordarlo todo.

Pero empezó a hacerlo en el momento en el que Augustine decidió salir del cuarto y James por poco tuvo un infarto, pensando en su padre, pensando en qué diría de ver a esa chica, vestida únicamente con la remera de James, rondando por la casa. Empezó a recordar cuando se dio cuenta de que Peter Detroit no tendría nada que decir nunca más.

Muerto.

Y James la noche anterior había estado con la chica equivocada, convencido, entre todo ese alcohol y confusión, de que esa mismísima mañana estaría dejando a Betty ir, haciendo lo correcto.

Y sin embargo ya era media tarde y James en lugar de estar con Betty terminando una relación de casi dos años o pidiéndole perdón o besándola, miraba las caderas de Augustine bamboleándose hasta la cocina.

No, Augustine no. No quería llamarla por su nombre, no quería acostumbrarse a ella, no quería tener que verle la cara de nuevo. Augustine Ryce. La recordaba. Había sido la encargada de organizar el baile, había pasado por las aulas pidiendo donaciones, con esa sonrisa gatuna, en varias ocasiones, había dado esas clases a las que James había ido en medio de la desesperación de los exámenes finales. Augustine Ryce se había despertado desnuda, a su lado y James… James no sintió absolutamente nada.

Se quedó en la habitación, escuchando el ruido que ella hacía en la cocina. Pensó en Betty y en su padre. Pensó en Betty, en Betty y en Betty y en cómo le diría lo que había hecho. Pensó en Betty bailando con Wes y en Betty mereciéndose el cielo y la Tierra y aun así estancada con él. Pensó en cómo debería dejarla ir y cómo no podía hacerlo.

Y a pesar de la gravedad de todo aquello, de que le era imposible alejarse de esas ideas, todo lo atravesaba como algo externo a su cuerpo, le llegaba como un grito arrastrado por el viento, originado a

cientos de kilómetros de él, y que se desvanecía sin llegar a ser descifrado del todo.

Siguió pensando durante todo ese día con Ryce. Cuando la besaba, cuando dejaba que se acercara y cuando le sonreía. Pensó cuando puso boca abajo la foto de Betty en la mesa de luz, la vergüenza de verla sonreír con Augustine en sus brazos siendo demasiado grande. Pensó durante toda la noche y el día siguiente y el que vino después. Pensó cuando Augustine finalmente se fue. Pensó cuando él mismo fue a ver a Betty y la llenó de explicaciones falsas que ni podía recordar, cuando esquivó el beso que ella quiso darle, cuando quiso decirle la verdad y no pudo.

La necesitaba. Incluso cuando ella claramente se daba cuenta de que no era el mismo que la mañana anterior, incluso cuando le hacía daño, la necesitaba. Necesitaba a Betty. No podía dejarla ir.

Llegó a su casa con la cabeza agotada de tanto pensar. Quería desaparecer, apagar esas voces, todas esas ideas inconclusas sobre las que no podía tomar acción. Sabía que no hacer nada terminaría por aplastarlo, pero hacer algo al respecto parecía imposible, le pesaba el cuerpo, le pesaba su existencia entera como si se tratase de una extremidad nueva, un brazo que le hubieran cosido a la espalda y lo desequilibrara. Inútil, pesado, tirándolo al piso, llevándose puestos los marcos de las puertas con cada giro.

Antes de darse cuenta, le había mandado un mensaje a Ryce.

Antes de darse cuenta, ella estaba con él.

La besó con furia, la besó como si fuera un castigo, y después se abandonó en ese beso, se perdió en el tacto de esa persona que le ofrecía todo y no pedía nada a cambio. Ryce no se merecía su pena. La había visto observar la foto volteada de Betty. Ella *sabía*. Ella entendía cuál era su posición y cuál era la de él. Ryce se merecía todo lo malo del mundo, al igual que él.

Era un castigo doloroso. La presencia de Augustine le hacía sentir tanto dolor que apagaba por completo la cacofonía del infierno en el que se había convertido su cabeza. Y luego la besaba y la tocaba hasta olvidarse de que era rubia, de que era alta, de que era alguien más. Su mente la reformaba y la redefinía hasta convertirla en Betty. Hacía con ella todo lo que con Betty no podía desde la noche del

baile, la miraba a los ojos, le preparaba el desayuno, la invitaba a su casa, la pegaba a él y hundía la nariz en su cuello deseando inhalar perfume con aroma a jazmín, obligándose a no ceder a las arcadas que le daba no encontrarlo. Se perdía en su fantasía hasta que abría los ojos y la realidad de lo que estaba haciendo, de lo que había sucedido le sacaba el aire.

Lo merecía. Todo ese dolor. Lo dejaba sin habla, lo dejaba sin hambre, lo hacía parecerse más y más al cadáver que se sentía.

No lo podía dejar. Todo ese dolor. Era lo único que conseguía hacerlo sentir, lo único que lo devolvía a su cuerpo.

Como su padre se había vuelto adicto a la comida, a la cerveza y a la negación de su problema, James se había vuelto adicto a Augustine, al castigo de su presencia y a la bendición de su distracción.

Si hubiese sido un poco más fuerte, si hubiese sido honesto…

Pero James era como su padre y como su padre viviría.

~

El verano se deslizó en ese mismo patrón espiralado. Cada vez sabía menos a Betty, cada vez le hacía más daño. Veía en sus ojos esa pena abrumadora cuando lo miraba. No entendía qué había cambiado y él no podía explicárselo.

Había pasado de ir al cine con Betty y comprar helado, a buscar a Ryce por la puerta trasera del centro comercial y llevarla a su casa, directo a una habitación que parecía acumular fantasmas. De vez en cuando, en esos días en los que la ausencia de su padre se hacía demasiado fuerte, la llevaba a una fiesta y ocupaban alguna habitación; esas noches, James se odiaba más que nunca. En un cuarto ajeno, con una chica que no quería, pensando en alguien más y odiando todo, era imposible negar que se había convertido en el tipo de chico que le había prometido a Betty que nunca sería.

James había empezado a trabajar en la ferretería algunas horas, cubriendo las horas que Peter Detroit había dejado libres. Nunca había tenido amigos, pensó que con Betty sería siempre suficiente.

Pero de haberlos tenido, se habría olvidado de todos ellos y ellos se habrían olvidado de él. Estaba seguro de ello.

Era inevitable que Betty lo olvidase también. En cierta forma, no solo había asumido que pasaría, sino que lo había aceptado, lo había buscado. Quería que Betty se alejara porque él jamás podría alejarse de ella. Nunca podría terminar de dejarla ir.

Y allí estaba, sentado en las baldosas resquebrajadas de su cocina, sin una sola persona en la tierra que lo amara, mirando el techo, cuando se dio cuenta de que Ryce ya no servía. No solo había empezado a mirarlo con ojos de cervatillo confundido —unos ojos que James apenas podía soportar— sino que además ya no lo hacía sentir absolutamente nada.

No podía seguir conjurando a Betty en su piel, porque no le hacía justicia.

No podía castigarse con la sorpresa de encontrarla en su habitación porque ya se había acostumbrado a que estuviera allí.

El consuelo de un par de brazos a los que entregarse para apagar la mente, que no pedían más que diversión y distracción, se había terminado. Estar con Ryce había implicado no esforzarse, no pensar, solo ser y hacer y dejar que hicieran. Había estado allí completamente dispuesta a estar a su lado cuando ni él mismo quería verse.

Su presencia pronto se volvió agotadora, repetitiva y aterradoramente constante. Ryce no era un reemplazo de Betty, no era una novia, era una *chica*. Una chica que durante los últimos meses había sido un salvavidas necesario, pero que empezó a cerrarse a su alrededor, hasta convertirse en un cinturón de plomo alrededor de su cintura. Empezó a hundirlo en lugar de ayudarlo a flotar.

No esperaba que, al dejarla, ella volviera por una explicación. No se debían nada. Su tiempo juntos había terminado y listo. Cada uno seguiría su camino, como debía ser.

No esperaba que ella hubiese creído que había más. James no *tenía* más, y de tenerlo, no se lo daría a ella. Y por eso, si bien le llamó la atención, si bien no comprendió de dónde habían surgido

sus sentimientos, James no se arrepintió al darse cuenta de que le había roto el corazón.

La chica equivocada había sabido dónde se metía cuando se acercó a él esa primera noche, y cuando respondió que sí, cada vez que James le preguntó si estaba segura —de seguir con el engaño, con las sombras y mentiras—, cuando intentó tomar un corazón que no le pertenecía ni a ella ni a él.

De lo que James se arrepentía, era de haber sido el tipo de chico que la dejaba cometer ese error.

James se arrepentía de todo el tiempo que había perdido lejos de Betty, de los días que no había salido a correr porque simplemente le recordaba demasiado a ella, de haberse dejado aplastar por el choque del baile, por la presión ejercida por los cambios naturales de la vida.

Y así flotaron el sol y la luna, de a turnos, sobre su cabeza, domando el cielo en ese baile diario de colores, dejando a James sólo para tomar el control de sus pensamientos por primera vez en meses. Se preguntó qué pasaría si se plantase en la puerta de la casa de Betty. Si realmente habría una segunda oportunidad, si podría llegar a ser alguien que la mereciera.

Fuera, las cigarras combatían un silencio de muerte. Augustine acababa de irse y nunca volvería a verla, no sabría decir cómo lo supo, pero así fue. James hacía una semana no iba a trabajar. Su jefe no se había molestado en llamar. Todo estaba a oscuras. Se imaginó a Betty en su habitación empapelada en posters y repleta de peluches.

Se preguntó si estaría pensando en él.

Se mintió, se dijo que sí.

Y sintió algo.

Por primera vez en meses, un aleteo débil y tembloroso hizo eco en su pecho.

Una ráfaga de viento entró por la ventana, una lagrima rodó por su mejilla.

James, por ella, lloró.

CORAZÓN 6:
PETER

"And in the disbelief, I can't face reinvention
I haven't met the new me yet".
happiness, Taylor Swift

Antes de morir Peter Detroit había estado intentando recordar las cosas que le gustaban de sí mismo.

Poniéndose protector solar pensó que alguna vez había amado su alma libre, su ligereza para vivir la vida, sus pequeños placeres que le sacaban una sonrisa. Con un poco de tiempo, un amor equivocado y un miedo paralizante que lo hacía cuestionar a quien fuera que le diera aunque sea un poco de amor, se convenció de que todo aquello eran sus fallas. Pasó a ver su alma libre como un alma rota, su ligereza como sinónimo de falta de ambición, sus pequeños placeres como algo poco merecedor.

La conclusión a la que llegó fue que tal vez no le gustaba la persona en la que se había convertido, pero que si tuviera que elegir un momento del que no se arrepentía sería de haber tenido a James. Tal vez había llegado antes de tiempo y Peter había tenido que dejar de lado conocerse del todo para poder conocer a esta criatura, esta extensión de su cuerpo que respiraba y reía y lloraba y que por algún instinto más fuerte de lo que podría poner en palabras, le importaba más de lo que ninguna otra cosa le había importado en su vida entera. Tal vez James había interrumpido su proceso de conocerse y de cambiar, de entender que lo que amaba de sí mismo, de desterrar la voz en su cabeza que le decía que su

vida estaba construida sobre errores. Pero había valido la pena. Cada segundo, cada minuto, el casamiento y el divorcio y los gritos y el horror habían valido la pena porque James había salido de ello.

Le dio un trago a su cerveza y se le ocurrió que si tuviera que explicarle a alguien por qué amaba tanto a su hijo, diría que veía en él todo eso que había amado de sí mismo en el pasado. Sólo que cuando se trataba de James, no creía que su alma libre, su ligereza para vivir la vida y sus pequeños placeres fueran fallos. Los veía como posibilidades que James tendría en la vida: de ser feliz, de ser él mismo, de no odiarse por ello.

Es más, mientras el sol le quemaba la piel y el calor del verano se asentaba en su pecho con cada inhalación —asfixiante, casi venenoso— se dio cuenta de que su amor por James se había convertido en un espejo. Viendo a James, con todo lo que se parecían, Peter Detroit solo sentía más amor por su hijo.

Por primera vez en casi veinte años, pensó que tal vez alguien podría verlo así *a él*. Todas sus arterias se hicieron un nudo enorme y no supo si así debería sentirse la esperanza, si era normal que doliera de esa manera. Peter Detroit cerró los ojos para aguantarlo, se imaginó qué sería de él si se aferrara a este pensamiento: a la idea de que no era James quien era como él, sino él quien era como James. Y si tal vez esa diferencia podría salvarlo. Si invirtiendo el orden de los factores en ese pensamiento, podría dar vuelta su vida entera. La sangre se le acumuló en el pecho sólo pensándolo, un calor reconfortante y tortuoso, la posibilidad de cambio ardiendo, ramas de un roble abriéndose camino entre sus costillas.

Sabía que su hijo lo amaba, pero también sabía que James odiaba parecérsele porque sabía que Peter había fracasado. Creía que ser como su padre lo llevaría al mismo destino. Que sería débil, que viviría en una casucha a medias, con un trabajo a medias, con una ansiedad que siempre le ganaría la batalla, con un hambre de *algo más* a lo que nunca pudo ponerle nombre y que intentaba llenar con más comida y más comida y más comida y más y más y más porque la sensación de estar lleno le era un consuelo cuando el agujero en su pecho solo se abría más y más y más.

Veía en su hijo todas las posibilidades que él se había perdido. Y a veces, cuando lo veía con Betty, tan pequeños ambos, tan rebalsados por su amor, pensaba que James podría hacerlo. Que podría ser feliz.

También lo asustaba ese amor, esa pasión devota con la que se miraban, ¿no eran demasiado pequeños para entender algo tan grande? ¿Cómo podían esos cuerpos tan frágiles contener algo tan poderoso? ¿Qué puede saber uno a los diecisiete años? Él había sido aún más grande que James cuando el amor lo tomó por sorpresa y derrumbó su vida por completo. No quería eso para su hijo, y a su vez, le deseaba todo el amor del mundo.

Le deseaba que fuera con Betty; una chica buena y dulce, aunque insegura, siempre dispuesta a dar, aunque tal vez tuviera que aprender a pedir un poco más y a salir de su mundo. Estaba bien, ¿qué más podrían hacer a esa edad excepto aprender?

Es más, podría decirse que el único deseo que Peter Detroit tenía para su hijo era que aprendiera, que avanzara, que pudiera ver todo lo bueno y todo lo malo, y por sobre todo que no se perdiera en los espejismos del amor.

Su último suspiro se le escurrió entre los labios la tarde del baile de 1998.

Nunca supo si su hijo terminó la escuela, si estudió en la universidad, si dejó de tener miedo de ser él mismo, si Betty era la chica correcta, si pudo salir del espejismo o si quedó atrapado en él.

Mientras se agarraba el pecho y se le paraba el corazón, pensó en James. Y por primera vez entendió que amar a su hijo fue mucho más importante que todos los otros amores que conoció en su vida.

PARTE II:
LO QUE QUEDÓ DE ELLOS

CORAZÓN 4:
JAMES

James, por ella, lloró.

Lloró esa única noche todas las lágrimas que pudo, y después se volvió dueño de sus pensamientos. Se volvió un poco más hombre, murió un poco del niño en él. Pensó y pensó en Betty y recordó y revivió cada segundo que había pasado con ella y cada roce y cada sonrisa disimulada, cada notita improvisada, cada sorpresa, cada abrazo que había dejado atrás. Pensó y pensó hasta que se le secó el cerebro y sus dientes rechinaron de presión, hasta que el vacío se sintió tan grande que no le entraba en el cuerpo y amenazaba con engullir el universo.

Un día pasó por la puerta de Betty —no sabía cómo había terminado allí; por esos días, sabía poco y nada— y pensó todavía más. Pensó en la luz apagada de la habitación del segundo piso y en el silencio muerto que provenía de ella. No estaba escuchando música. Pensó que eso estaba mal, que Betty siempre estaba escuchando música, que siempre le había gustado verla bailar. Bailaba horrible, igual de mal que él. Ese día, observando la luz que no existía en la ventana de una casa a la que no volvería, tropezó, olvidó cómo respirar y se quedó mirando hasta que recordó que debía parpadear y respirar y seguir caminando, que allí ya no era bienvenido.

James pensó un día tras otro en lo que pasaría si... si tal vez, si tan solo, si pudiera…

Betty siempre lo había escuchado. Con esa manera tan absoluta de escuchar que tenía y que te aseguraba que lo que fuera que

dijeras moriría con ella. Y James se estaba preguntando qué pasaría si él le contara la verdad, si le dijera todo, si luchara por ella; si lo miraría de esa manera o si lo mandaría al carajo. Tal vez lo besaría, tal vez se derrumbaría allí, justo frente a él. O tal vez su mirada lo atravesaría con sólida indiferencia y James sabría que no quedaba nada para él allí. Se estaba preguntando todo eso y más cuando sonó su celular. Una única vibración en su bolsillo trasero.

Miró a su alrededor: la ferretería estaba vacía. Su corazón se salteó un latido. James no recibía muchos mensajes últimamente.

Borrarse de la vida de Betty había sido como borrarse de la faz de la tierra. Tal vez eso era lo que hacía todo tan difícil: hasta entonces, James nunca se había sentido tan terriblemente solo. Sus amigos de Texas habían quedado olvidados por la distancia y el desinterés, sus amigos de Nueva York nunca fueron verdaderamente amigos. En esta ciudad, sólo tuvo a Betty y a su padre. Y cuando no tuvo a ninguno de los dos se encontró a la deriva, en un mundo en el que sus acciones no repercutían en nadie más. No podía hacer daño y no podía ser dañado más que por sus propios pensamientos y los ataques de la soledad.

Por eso mismo, tuvo un mal presentimiento sobre la vibración. Significaba que algo estaba por suceder, y James estaba cansado de que sucedieran cosas sin poder hacer nada al respecto.

Se planteó ignorarla y leer lo que fuere que le hubiesen escrito más tarde, pero una segunda notificación se unió. La amargura en la punta de su lengua pasó como una bola de espinas hasta su garganta. La tragó mientras sacaba el celular del bolsillo.

Miró el mensaje.

Leyó el mensaje.

Se arrepintió.

Volvió a leerlo.

Sus nudillos palidecieron alrededor del celular; la pantalla ya agrietada parecía rogarle que terminara de destrozarla. Las letras brillantes del mensaje se burlaban de él. Inez se burlaba de él. Como si nada hubiese cambiado, como si fueran los de siempre, caminando por los pasillos de la escuela: él siendo el idiota que

había caído al agua y ella, la sanguijuela que se había aprovechado de su idiotez.

Inez envió ese mensaje de forma deliberada y la noticia se le clavó en el esternón como una aguja interminable. James soltó un jadeo entrecortado. Su cara se contorsionó.

El mensaje decía que Betty y Wes harían una fiesta la otra semana. En casa de Betty.

Betty y Wes.

Betty y Wes en la casa de Betty.

James quiso agarrarse la cabeza y sacudirla para borrar la imagen invocada por aquellas palabras. Como si Betty y Wes fuesen un conjunto, una única pieza encastrada a la perfección.

Inez enseguida mandó otro mensaje —la segunda vibración, casi con tantas mentiras como letras— disculpándose por haberle mandado aquel mensaje equivocado, que era para Jimmy.

James estaba casi seguro de que no había ningún Jimmy en su clase.

James estaba casi seguro de que Inez decía la verdad, que pretendía hacerlo sentir exactamente todo lo que sintió al leer ese mensaje, simplemente porque tenía el *poder* de hacerlo.

Las personas hacían muchas cosas porque podían.

Estampó el celular contra el mostrador con demasiada fuerza. La pantalla titiló y se apagó.

Pensó en todas las cosas que él mismo había hecho porque podía —besar a Betty por primera vez, unirse al *backstage* del musical escolar, salir a correr, quedarse hasta tarde en la cama—, y todas las cosas de las que se había arrepentido justo después —aceptar una chica equivocada, aceptarla una y otra vez, haber dado por hecho un padre, haberle temido al futuro.

James se preguntó si tal vez podía hacer algo para revertir todo eso, para intentarlo una última vez.

CORAZÓN 2:
AUGUSTINE

Se vieron a la vez, ellos dos.

Se vieron a la vez y se convirtieron en estatuas. Estatuas con las bocas abiertas y los ojos como platos y dos corazones que latían como rayos partiendo el cielo. Se vieron como si fueran fantasmas de otro tiempo, sueños dibujados en niebla entre pinceladas del pasado y un futuro hecho trizas. La imposibilidad de la situación les robó el aire, destruyó su humanidad. Eran estatuas de piedra, habitadas por fantasmas de quienes fueron alguna vez.

Se vieron a la vez, ellos dos.

A *ella*… bueno, a ella nadie la vio.

Se suponía que no estaba allí. No debería tener motivos para estarlo y, en realidad, no los tenía. Había bebido y había llorado mucho ese viernes. Lo suficiente como para creer que ir era una buena idea. Había bebido y había llorado mucho y muy sola ese viernes, por lo que nadie la detuvo, nadie le dijo que ir no era una buena idea. De todas formas, si alguien lo hubiese hecho, no habría escuchado.

Se vieron a la vez, ellos dos.

Avanzaron a la vez —un solo paso hacia adelante— ellos dos.

Las estatuas descubrían sus pies, sus articulaciones, la necesidad inminente bajo el terror de volverse a encontrar.

Ella no se movió, pero escuchó cada palabra desde las sombras. El rostro encapuchado, el rímel corrido haciéndole arder el rostro. Ardía tanto que por momentos olvidaba que estaba viendo estatuas moverse, que la distraía del aborrecible peso que se había asentado

en su corazón, casi tanto como su garganta ajada por el alcohol. Sus padres no sabían que tomaba. Ella era *perfecta* y las niñas perfectas de dieciocho años no tomaban. Pero a las niñas perfectas de dieciocho años tampoco les rompían el corazón. Así que tan perfecta, evidentemente, no podía ser. Y si no iba a ser absolutamente perfecta, ¿por qué molestarse en serlo a medias?

Así que se había convertido en un desastre. Hacía casi dos semanas que el chico la había dejado sin más explicación que un silencio. Hacía casi dos semanas que era un desastre a escondidas. Y cualquiera que la hubiera visto no se habría enterado. Había salido con chicos de todas las alturas y de todos los lugares, pero de ninguno se había enamorado, ninguno se enamoró de ella. Una noche no alcanza para entregar el corazón. Por eso ella debió haber dejado al chico después de esa primera noche; jamás debió haber una segunda. Había apostado su corazón y lo había perdido.

Perdido perdido perdido perdido.

Perdidos el chico y la chica que se miraban desde puntas opuestas del porche blanco. Lo que era gracioso, porque él claramente la había estado buscando a ella, ¿por qué le sorprendía tanto encontrarla? Después de todo, estaba en su casa. Después de todo —de todo lo que ella y el chico habían vivido juntos— él había decidido recuperar a la chica. Ella misma, la otra chica, la equivocada, había quedado atrás; como todos los errores, como toda piedra en el camino.

El chico dio otro paso. La chica correcta se quedó en su lugar.

La chica incorrecta se partió en dos, pero no dejó de ver, no dejó de oír. Sus respiraciones, las palabras que ninguno de los dos decía, las que luego vendrían, las que dolerían incluso aunque no las escuchara porque siempre las supo.

Y el chico dio otro y otro y otro paso más.

Y la chica quedó más y más y más cerca. E inhaló uno dos y tres suspiros incrédulos.

Y la chica equivocada escuchó al fin *al fin al fin* las palabras que siempre supo y no quiso escuchar porque sabía *sabía sabía* lo mucho que iban a doler. La cabeza le daba vueltas y más vueltas, pero ellos estaban quietos y él miraba hacia abajo porque era horriblemente

alto, hacia la chica correcta y su correcto correctísimo silencio y la forma perfecta y reperfecta en la que encajaban sus cuerpos incluso cuando no se estaban tocando, incluso *incluso incluso* cuando lo estaban deseando, incluso cuando parecían estar deseando inclinarse hacia adelante y morirse una y mil veces en brazos del otro.

—*Betty*… —dijo el chico. Como un rezo, como algo tan delicado que podía matar y morir en sus manos. La chica no dijo nada, como si en efecto pudiese matarlo o morir en sus manos. Lo miraba con los ojos abiertos de par en par. La chica equivocada podía ver las dudas en su palidez; *¿eres el chico correcto?*, preguntaba. Y para la chica correcta, lo era, pero no para ella, la equivocada que seguía perdiéndolo todo sin poder hacer nada para retenerlo.

La chica correcta tragó saliva, la chica correcta dijo «*no*». Negó con la cabeza, pero no se alejó. Simplemente dijo «*no*».

El chico asintió, el chico habló, y la gente a su alrededor, no solo la chica incorrecta, empezó a escuchar. Volteaban, miraban, se apagaban los susurros y se quedaban en el porche de entrada solo dos personas correctas que se habían perdido y se volvían a encontrar.

—Por semanas… yo lo… lo planeé por mucho tiempo y pensé en todo lo que debía decir y todo lo que podía pasar y ahora no sé qué hacer —dijo él. La chica incorrecta se preguntó si lo estaba planeando mientras la besaba a ella, mientras la tenía en su cama, mientras la ingenua creía que sonreía para ella y que sonreía de verdad. El chico alzó una mano tímida —la chica incorrecta jamás había usado la palabra tímida para describir algo en él—, y por un instante la chica correcta se encogió. Él volvió a congelarse, hecho estatua otra vez, pero ella lo miró de vuelta a los ojos, y la mano completó su camino a su mejilla. La chica seguía en un silencio tan grande que se erguía como paredes entre ellos y todo lo demás—. Yo… Betty…

Otra vez, le rogaba solo con su nombre. La chica incorrecta no entendía por qué todavía no se besaban, por qué ella seguía allí, prolongando su tortura. La gente a su alrededor, aves carroñeras como ella misma, empezó a moverse otra vez. No, *los* movían. Un

chico alto, de piel oscura, que parecía odiar cada uno de sus movimientos, estaba pidiendo amablemente a la gente que se retirara con disimulo. Mientras, echaba miraditas sobre su campera del equipo de básquet en dirección al chico y la chica que habían olvidado que el mundo existía más allá de ellos dos. Las aves se iban, la chica equivocada se refugió bajando las escaleras del porche, pegando su espalda a la plataforma, adhiriéndose a las sombras, donde podía verlos desde abajo, como si fueran gigantes de hielo.

El chico de la campera de básquet se fue. La chica incorrecta vio el vacío en su mirada al cerrar la puerta, el anhelo distante, como un espejo de los suyos, pero con una estrella de bondad, con una tristeza que no destruía, sino que incluso con pena dejaba ir. Ella no podía dejar ir, no sin saber el final de la historia, no sin saber en qué había fallado.

—Por favor —susurró el chico. Y la chica equivocada desde abajo veía a penas el corte inmaculado de la mandíbula, el duro tragar de la nuez de Adán, la dolorosa tensión de sus hombros, la incredulidad con la que su pulgar se deslizaba por la mejilla de la chica correcta, como si fuese tan perfectamente real que no podía creerlo—. Estoy aquí —soltó una risa amarga, como si estar en la fiesta de su ex fuese una locura, pero enseguida se apagó—. Estoy aquí por ti sin saber si vas a amarme o a odiarme, si vas a creerme, o mandarme al carajo, si voy a romper lo que queda de nosotros, o si ya no queda nada que romper. No sé…— se le cortó la voz, se atragantó con sus emociones y el silencio de la chica correcta—. No sé nada de nada. Tengo diecisiete —sus palabras olían a desesperación y a esperanza y la chica equivocada recordó haber hablado con ese mismo tono poco tiempo atrás, pidiéndole a ese mismo chico explicaciones que le aliviaran el alma. No se las había dado—. Me confundí, y te extraño. Sé que te extraño. Sé que no quiero seguir extrañándote y que lo peor que hice fue lo que te hice a ti y no voy a volver a hacerlo si tú…

La chica correcta negó con la cabeza y solo entonces la incorrecta recordó su presencia. La miró. La chica derramaba lágrimas y seguía negando con la cabeza tan levemente que tal vez

solo fuese un temblor. Una de sus manos sostenía la muñeca del chico con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos, como si la lucha interna aún no hubiese terminado, como si aún no supiera si la arrancaría de un manotazo o le rogaría que se quedara allí para siempre. Su otra mano era un puño al lado de su cuerpo. Y sus labios temblaban. Tenía labios pequeños. Muy pequeños. Ella era muy pequeña. Si no tuviese al chico, hubiese sido insignificante.

La chica equivocada había ido a la fiesta porque quería ver a la chica correcta. Quería saber qué tenía que ella no podía tener y quería escupirle en la cara. Pero era tan pequeña y tan insignificante como todos los demás, por lo que la había encontrado demasiado tarde, cuando el chico ya había llegado a ella.

Y ese era el problema con James Detroit: que en cuanto llegaba a ti, era demasiado tarde. Y la chica incorrecta se obligó a ver cómo la chica correcta se inclinaba, todavía derramando sentimientos que las palabras no llegaron a traducir, y lo besaba. Lo besó. Betty lo besó frente a todos los fisgones que miraban por las ventanas y lo besó como si estuvieran solos en el mundo.

Lo besó otra vez. Dejó que sus manos se asentaran sobre su cintura, alrededor de ese cárdigan con botones marrones de abuela, dejó que la acercara más y más solo para demostrarle al mundo que era cierto. Sus cuerpos encajaban a la perfección. Se veían como el impecable recorte de revista, el inmaculado final de la película, que opacaba absolutamente cualquier realidad.

Lo besó y la besó y se besaron y posiblemente se besarían porque lo que fue escrito no puede ser borrado, porque el cauce de un río no puede contenerse cuando la marea lo desborda, porque todo lo que fue hecho a medias debe encontrar lo que le falta en algún otro lugar. Y Betty y James se habían desbordado y habían arrasado sus mundos enteros en sus aguas, porque se habían escrito juntos una vida y no podían borrarla, porque eran un todo que jamás debió quebrarse.

Y la chica incorrecta cayó y cayó hasta que las rodillas le cedieron y quedó sentada sobre un charco de barro. El maquillaje corrido no le ardía ni un cuarto de lo que le ardía el pecho. Cerró los ojos con tanta fuerza que le dolió la cabeza y apretó los puños hasta

sentir las medialunas de sus uñas hundidas en su piel. Y sintió frío, tanto frío que creyó que su sangre se había vuelto contra ella y decidía congelarla desde dentro.

Escuchó los besos que no pudo ver ni obtener.

Sintió el suave golpe de uno de los dos cuerpos impactando contra el pilar de madera, y el chasquido de los labios y las disculpas que la chica incorrecta merecía y nunca le habían dado, susurradas entre dos personas que sin siquiera intentarlo la habían dejado en ruinas. Escuchó *te amos* que había deseado más que nada en el mundo y risas que no le pertenecían. Y los vio otra vez cuando los chasquidos cesaron y tomados de la mano fueron a un auto en el que el chico había besado a la chica incorrecta pocas semanas antes. Un árbol inmenso susurraba con el viento sobre sus cabezas y sus ramas estaban tan bajas que los rozaron y los hicieron reír. Ambos lloraban, o tal vez era la lluvia que había empezado a caer. Ambos volvieron a pegarse mientras avanzaban —labios sobre labios, disculpa sobre disculpa —y ninguno la vio a ella.

Ninguno la vio y ella deseó no ver sus sonrisas de alivio; su arrolladora felicidad.

Deseó haber dicho algo para impedirlo, deseó haberse ido cuando ellos lo hicieron. Ojalá hubiese tenido la fuerza para ponerse de pie por sí misma y alejarse, pero la imagen de ambos entrando empapados a ese auto y de James carcajeándose echando la cabeza hacia atrás, como si la vida estuviese hecha de luz y amaneceres... simplemente la ancló allí, a revivir una y otra vez esas imágenes y a recordar que ella era y sería siempre la chica incorrecta.

Hasta que llegó alguien más.

Alguien que, o también lloraba, o también había sido tan idiota como para estar observando parado en la lluvia, con la sensación de que lo perdía todo en un autito desvencijado manejado por un chico al que nadie le había enseñado a amar.

El chico de la campera de básquet miró a la chica incorrecta, primero sorprendido, luego piadoso. Le sonrió, le prestó una mano y la ayudó a ponerse de pie. A pesar de haber estado en la lluvia como ella, no estaba embarrado y su piel conservaba el calor. Olía a perfume de hombre y temblaba como hoja de papel. Augustine no

sabía su nombre, pero pensó que le debía muchísimo por haber sido el único que pensó en levantarla cuando incluso ella misma lo creía imposible.

Tenía ojos oscuros y le sonrió a pesar de que sin lugar a dudas había estado llorando bajo la lluvia como un idiota incorrecto más.

Augustine le preguntó su nombre pensando en que no se parecía en nada a James, pero le gustó que todavía sonriera cuando respondió. Le gustó tanto que alguien al fin la mirara, que se acercase a ella no *a pesar* de lo rota que estaba sino *porque* estaba rota, que se abalanzó a sus brazos y dejó que la sostuviera. Le gustó tanto la torpeza incrédula de su abrazo y la forma en la que se separó de ella alegando que estaba borracha y que sería mejor que entraran por una botella de agua, que lo comparó con James una y otra vez.

James jamás hubiera dudado. Posiblemente la hubiera besado porque sólo se tocaban para eso.

Pero James ya no la besaría nunca más.

Era un chico
en un auto
con otra chica.

No volvería a pensar en Augustine.

Al menos no como a Augustine le hubiera gustado que pensaran en ella.

Así que Augustine tal vez se mereciera ser una chica
en una fiesta
con otro chico
y nunca más
pensar en James.

CORAZÓN 1:
BETTY

James James James. Todo absolutamente *todo* era James.

James en el porche de su casa. James hablando palabras de arrepentimiento. James ojos de polvo. James hecho polvo. James rubio. James despeinado, desesperado. James suyo. James al que había extrañado. James al que se había creído capaz de olvidar. James. James. James James James James.

El mundo se redujo a un nombre en cuanto lo vio allí.

James.

James que la había lastimado, que le había desconectado lentamente las arterias del corazón, para arrancárselo del pecho con una caricia. James que la había dejado, olvidado, que se había desvanecido como un sueño al despertar. James como el de las fotos en su caja de recuerdos. James que le regaló una manta con estampado de dinosaurios para su cumpleaños. James que la había levantado y tirado al piso de una bofetada. James.

James.

James.

Quiso empujarlo, quiso gritar porque no podía hacerle eso. Porque *ambos* tenían solo diecisiete, porque esa excusa era inválida, porque toda excusa parecía inválida, pero porque a la vez, mientras él le pedía perdón, ella solo podía pensar en que su mano en su mejilla se sentía tan abrumadoramente bien que iba a desmayarse sobre ella. Dejaría que el frío helado de su piel la guiara por el resto de sus días incluso si el camino era el equivocado, o el destino final el infierno.

James. James a su lado, James de ella, James besándola. James manos y brazos y labios capaces de arrancarle la cabeza del cuello y las palabras de la boca con una mirada.

James de vuelta.

El mundo se reducía a él. Siempre se había reducido a él. Era su eje. James era para Betty todo lo que ella era para él. James *era*. Y Betty quería que siguiera siendo, pero que lo fuera a su lado.

Podía ser un error, podía arrepentirse, podía muchas cosas, pero solo quería a James.

James en el auto. James conduciendo. James reía. James le pedía perdón.

James en su casa.

Ambos en su casa.

Ambos en casa.

El mundo se reducía a una palabra y no era *James*.

Betty sonrió.

Betty cayó en el colchón.

Betty se sacó la remera y se la sacó a él.

Betty lloraba y él le limpiaba las lágrimas a besos.

Betty era feliz.

El mundo se reducía a una palabra: *Presente*.

Ni *James*, ni *pasado*, ni *futuro*.

Presente.

EPÍLOGO:
CORAZONES

Lo que quedó de ellos fue casi lo mismo que había antes de empezar esta historia.

Las mismas personas, con los mismos corazones, con nuevas grietas y nuevas dudas.

Lo que quedó de ellos no se parecía en nada a lo que había antes de empezar esta historia.

No quedó nada de la chica confiada e inocente, no quedó ni rastro de los muros del chico encarcelado, no quedó ni rastro de la seguridad de la chica que una vez tuvo el mundo a sus pies. No quedaron fantasías a las que aferrarse por parte de ninguno.

Lo que quedó de ellos fue suficiente para seguir adelante, para reconstruirse una vez más. En los brazos de un ser amado. En la fortaleza que se encuentra en la más oscura soledad.

Lo que quedó de ellos no fue suficiente para no derrumbarse otra vez.

Día a día, caían y caerían; se levantarían y seguirían de largo. Es un ciclo extraño el de los sentimientos; el odio, el rencor y el amor se complementan, aunque deberían mantenerse alejados. Uno que se odia a sí mismo, se resiente y resiente a los demás, y uno que resiente y odia, ama y debe amar para dejar de odiarse y resentir.

Lo que quedó de ellos fue lo justo y necesario. Casi lo mismo, pero sin parecerse en nada, suficiente para seguir, para reconstruirse y volver a caer una y otra vez.

AGRADECIMIENTOS

Esta página en blanco es de las más difíciles de enfrentar cuando se escribe una novela. No me faltan nombres para llenarla, pero por más escritora que sea nunca voy a sentirme capaz de poner en palabras la gratitud que siento por cada una de las personas que voy a mencionar. Siempre intento ser breve, pero esta vez voy a intentar ser yo, sin tanta censura.

Si entraras a una casa donde habitan todas las personas que hicieron posibles que este libro exista, tu recorrido se vería algo así:

La puerta de entrada la abre mi papá. Supongo que es al menos correcto que la persona que me lleva a la librería desde que tengo uso de razón se encargue de darte la bienvenida a este lugar tan especial para mí.

De ahí pasás al comedor, donde están todos mis amigos despatarrados en sillones y sentados en mesas y sillas, y alguno seguro en el piso jugando con Olivia, el perro más gede y amado del planeta. Seguro están cantando a los gritos El Plan de la Mariposa, Shakira o One Direction. Ninguno de mis amigos sabe cantar, pero son mis conciertos favoritos. Muchos no leerían un libro ni aunque les pague, mucho menos los que escribo yo, pero lo que comparto con ellos es parte de todas mis historias.

Lógicamente, vos tenés un lugar especial en esta casa, junto a mis amigos en ese living inmensísimo, hay más sillas y más sillones para todos los lectores que eligieron alguna vez mis novelas. Son ficción y son delirios, son amores y dolores. No son más que palabras en papel, pero para mí significan el mundo entero y nada me hace tan feliz como compartir mi mundo con ustedes.

En la cocina, estarían mi amado editor Alvin y mi diseñador de portada, Fran, tomando unos mates junto a la ventana. Y en la mesa, una mesa tan inmensa que solo entra en esta casa ficticia porque mi departamento en la vida real es tan grande como la punta

de un alfiler, está todo el resto del equipo de Editorial Planeta. Un equipo que me llena el corazón al elegirme y confiar en mis historias y mi visión una y otra vez.

En el jardín está Taylor Swift —con Travis, Lizzy McAlpine, Billie Eilish y muchos otros artistas que me acompañan mientras escribo— tomándose un té (esta es mi casa, y mi metáfora así que si no es realista, no me importa). Después de todo, fue su música la que inspiró esta historia. Tomé sus personajes y los cambié muchísimo, los hice míos y le agradezco habérmelos prestado para jugar un rato.

Y en una habitación, de piernas cruzadas y mirándose a los ojos, hay dos versiones de mí misma, que se encontraron para escribir juntas esta historia. Una es la Tory de dieciocho años que le dio forma por primera vez —no era más que un cuentito para distraerse — y la otra es la Tory de veintiuno, que se sentó a releerlo y creyó que en ella había una verdad que merecía ser contada. Ellas dos discutieron mucho a lo largo de la edición de esta historia. Ahora son amigas, pero no creo que vuelvan a escribir juntas; revolver el pasado es más complicado de lo que parece.

Todos ellos viven en esta casa porque pusieron los ladrillos para levantar sus paredes. Sin ellos, sin vos, esta casita y este libro no existirían. Gracias infinitas por darme este techo bajo el que protegerme ante la tempestad de un mundo ventoso en el que es tan difícil avanzar. Estas historias son el lugar en el que respiro y me hago fuerte para poder salir y enfrentarlo todo. Es donde descansa lo que creo, lo que entiendo y todas las preguntas para las que todavía no tengo respuestas.

Para cualquiera que toque, la puerta está abierta.

Grupo Planeta

¡Seguinos!

